

La Revolución Rusa en España y el nacimiento del comunismo español, 1917-1921

Por Arturo Rodríguez

Investigador y profesor asociado Universitat de Barcelona (UB)

La revolución rusa fue un hecho de trascendencia mundial, y sus efectos se sintieron más allá de las fronteras del viejo imperio zarista, estremeciendo los rincones más remotos del planeta. De Shanghái a Dublín, de México a Finlandia, la victoria del proletariado ruso dio un fuerte estímulo a la lucha de clases a escala internacional. No resulta sorprendente que en la España de la Restauración borbónica, un país atrasado que compartía características considerables con la Rusia de los Romanov, los efectos de la caída del zarismo en febrero y la victoria bolchevique en octubre tuvieran un impacto particularmente intenso. Los años 1917-1920, conocidos comúnmente como el “trienio bolchevique”, fueron testigos de grandes luchas sociales y de un fermento revolucionario sin precedentes. La revolución rusa no sólo fue un potente acicate para el proletariado español, cuyas luchas perturbaron irreparablemente los tradicionales equilibrios políticos del país; también produjo transformaciones duraderas en el seno del movimiento obrero, sacudiéndolo de arriba abajo y dando lugar a acaloradas polémicas y escisiones.

Sin embargo, a pesar de la intensidad inédita de la lucha de clases en estos años y del entusiasmo despertado por la victoria bolchevique entre los obreros españoles, es una paradoja que los borbones fueran capaces de evitar (por unos años) la suerte de los Romanov, los Hohenzollern o los Habsburgo, y se mantuvieran en el poder hasta 1931, y que el comunismo español fuera incapaz de aprovechar la simpatía generalizada hacia los bolcheviques y el Partido Comunista naciera como una fuerza exigua e insignificante. Para explicar esta paradoja hay que estudiar en profundidad los acontecimientos de estos años y las convulsiones del movimiento obrero.

España, ‘la Rusia de Occidente’

A principios del siglo XX, España compartía notables similitudes con Rusia. En cierto sentido, era la ‘Rusia de Occidente’, como la llamó el dirigente republicano Marcelino Domingo. Ambos países iban a la zaga del resto de Europa, gobernados por regímenes autoritarios, burocráticos e ineficientes. Resulta paradójico que estos dos países, que habían sometido a medio mundo bajo su dominio, presentaran un atraso tan atroz en los albores del siglo pasado.

A finales del siglo XV España gozaba de unas condiciones excepcionales para su expansión. El país acababa de ser unificado con el fin de la llamada reconquista y la unión de Castilla y Aragón, que fortaleció y cohesionó al gobierno central y lo colmó de optimismo y ambición; disponía de una posición geográfica privilegiada; los pioneros portugueses abrían nuevas perspectivas a la navegación y al comercio mundial, mientras que la inflación de los metales preciados empujaba a la aventura. Aprovechando esta coyuntura, España fue capaz de someter a medio mundo en cuestión de unos años. Sin embargo, el imperio contenía las semillas de su propia descomposición. Por una parte, saturó a la corona de riquezas, desincentivando el desarrollo económico del país y favoreciendo un comportamiento despótico y caprichoso hacia las clases menesterosas de la Península. La burguesía fue aplastada

despiadadamente por el absolutismo y la nobleza con la derrota de los comuneros. Aunque quizás más importante a largo plazo fue el hecho de que la protección y mantenimiento del imperio, enzarzado en múltiples guerras simultáneas, requería un gigantesco y costosísimo aparato burocrático y militar. La corona se endeudó fatalmente. La iglesia y la nobleza contaban con importantes privilegios políticos y fiscales debido al papel crucial que jugaron en las últimas fases (también las más duras) de la reconquista. Por lo tanto, la presión fiscal recayó sobre la proto-burguesía de Península, derrotada políticamente y condenada a languidecer bajo el peso asfixiante del Estado imperial, siendo incapaz de desarrollar las fuerzas productivas de España. El Estado despótico y parasitario crecía en proporción inversa a la industria y al desarrollo económico. El imperio tenía pies de barro y entro en un declive inexorable, perdiéndose las últimas colonias de ultramar en 1898. Los intentos de recuperar en Marruecos a inicios del siglo XX parte del anhelado prestigio colonial condujeron a una guerra cara y desastrosa.

Las ideas y el ejemplo de la revolución francesa dieron un potente empuje a la lucha de la burguesía contra las fuerzas del absolutismo y del feudalismo español, desgastadas por la pérdida de las colonias de Sudamérica y Centroamérica y por la invasión napoleónica. El siglo XIX fue una época de guerras civiles entre el absolutismo y el liberalismo. La terrible debilidad tanto de la burguesía como del absolutismo produjo un impasse, reflejado en el sistema canovista del turno pacífico, en el que los terratenientes y la burguesía se repartían el poder bajo los auspicios de la monarquía parlamentaria. Este pacto fáustico no sólo reflejaba el agotamiento de las fuerzas del liberalismo y del absolutismo, también el miedo de ambos al movimiento obrero, que había hecho su primera aparición independiente en las agitaciones de 1868-73 y que amenazaba los privilegios tanto de los terratenientes como de los burgueses.

El desarrollo de Rusia, aunque distinto, presenta tendencias parecidas y conduce a una situación similar. Situado en las anchas y vulnerables estepas de este de Europa, escasamente pobladas y abiertas a las invasiones de oriente y de occidente, Moscovia tuvo que construir fuertes aparatos militares y estatales. Las guerras con los Estados más avanzados de Suecia y Polonia obligaron a acelerar este proceso de centralización y de militarización, asfixiando y deformando a la sociedad con las crecientes exigencias fiscales y militares del zarismo. La nobleza y la burguesía rusas nacieron como un apéndice del absolutismo, incapaces de rebelarse contra éste. En última instancia, el atraso tanto de España como de Rusia se explica por la necesidad de desarrollar potentes aparatos burocráticos y militares sobre una base material insuficiente.

En el siglo XX, ambos Estados se enfrentaban a retos parecidos. Graves problemas nacionales y coloniales, con el auge de poderosos movimientos nacionalistas; una cuestión agraria explosiva, con la presencia de un campesinado empobrecido y una distribución de la propiedad de la tierra extraordinariamente desigual e injusta; la pervivencia de poderosas instituciones feudales y autocráticas que lastraban el desarrollo del país: la iglesia, la burocracia, la monarquía y su camarilla, el cuerpo de oficiales; y, el problema más reciente, y el más grave: la aparición, con los inicios del proceso de industrialización, de potentes movimientos obreros. Estos desafíos se entrelazaban y combinaban en un nudo gordiano, estrechado por los tentáculos del capital financiero imperialista, que sólo la revolución social podía cortar.

La burguesía rusa y española, pequeña y débil, y atada de pies y manos al viejo orden feudal, aterrorizada por la fuerza ascendente del movimiento obrero, era incapaz de resolver los problemas del país. Sólo el proletariado, agrupando bajo sus banderas al campesinado pobre y a todos los sectores explotados y oprimidos, y a través de los métodos de la revolución social, era capaz de sacar a la nación de su atraso, y, calzando las botas de las siete leguas, saltaría de la nagáika y del garrote vil, de la ojrana y de la guardia civil, de la servidumbre y el latifundio, a la democracia socialista, a la igualdad y a la libertad plenas, sirviendo de ejemplo a seguir para otros países más avanzados.

La toma del poder por parte del proletariado ruso en 1917 confirmó esta perspectiva. Las similitudes entre Rusia y España hicieron que el estímulo internacional a la lucha de clases que supuso la revolución rusa fuera especialmente potente en España. Como escribió el notario cordobés Díaz del Moral, uno de los testigos más elocuentes de estas agitaciones, los obreros españoles, ‘invertían a favor suyo las relaciones entre le Capital y el Trabajo e implantaban de hecho en algunas localidades una especie de dictadura proletaria. [...] Para ello había bastado una palabra evocadora: Rusia’.¹

El proletariado español ante la tormenta

La característica más importante de la España de inicios del siglo XX era su desarrollo desigual y combinado. En el país convivían las industrias más avanzadas con artesanías ancestrales, el tren y el automóvil con el carruaje y el arado de madera, las grandes ciudades con sus tranvías y tendido eléctrico con las aldeas más aisladas y remotas, la universidad moderna con las supersticiones más primitivas, el café bohemio y la cocaína con la benemérita, la pequeña propiedad con los grandes latifundios; el país era un crisol de lenguas, dialectos y tradiciones.

El Estado español era bicéfalo y contaba con dos capitales: Madrid, la capital burocrática, una ciudad de funcionarios y terratenientes, de camareros, tipógrafos, periodistas, profesores, de anchas avenidas y palacios ministeriales. Trotsky, que pasó allí exiliado varias semanas en 1916, la describió acertadamente como ‘perezosa... provinciana... carente del ritmo de las ciudades industriales. Mucha hipocresía religiosa...’² Por otra parte estaba Barcelona, la capital económica, una ciudad industrial de burgueses y proletarios, de callejuelas, barriadas tortuosas y fábricas aplastadas entre el mar y el Tibidabo, una urbe que, según Marx y Engels, ya en 1873 tenía en su haber histórico ‘más combates de barricadas que ninguna otra ciudad del mundo’.³ Trotsky la visitó en las navidades de 1916, y la caracterizó como: ‘una ciudad industrial moderna... Una mezcla de Niza con un infierno fabril’.⁴

No sorprende, pues, que el movimiento obrero español fuera también bicéfalo, dividido entre el socialismo reformista del PSOE, asentado en Madrid, y el

¹ Juan Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas* (Madrid: 1967), p.279.

² Trotsky, ‘Madrid’, *Delo bylo v Ispanii* (Mosú: 1922).

<https://www.marxists.org/russkij/trotsky/works/trotl901.html>

³ Marx & Engels, ‘Los Bakuninistas en Acción: Memoria sobre el levantamiento en España en el verano de 1873’ (1873). <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/1873-bakun.htm>

⁴ Trotsky, ‘V Barselonu i v Barselone’, *Delo bylo v Ispanii* (Mosú: 1922).

<https://www.marxists.org/russkij/trotsky/works/trotl901.html>

anarcosindicalismo de la CNT, arraigado en Barcelona. El socialismo español, nucleado entorno al tipógrafo Pablo Iglesias, había nacido en Madrid, y la capital burocrática había imprimido su marca en el carácter del partido. Evolucionó como un partido reformista, en la tradición de la Segunda Internacional, que había abandonado la nuez revolucionaria del marxismo; intelectualmente perezoso, gris, carecía de una verdadera ala izquierda. Su influencia irradiaba de Madrid a las Castillas y las zonas industriales de Asturias y Vizcaya, y su base social era una aristocracia obrera de tipógrafos y artesanos, los campesinos castellanos, los mineros y obreros del norte, y, sobre todo a partir de los primeros años del siglo XX, círculos de intelectuales y profesionales de cuello blanco.

El anarquismo, por otra parte, había sentado sus bases entre el proletariado de Barcelona, entre los campesinos pobres y los jornaleros de Aragón y del Levante y del sur de Andalucía, y reflejaba, y a su vez alimentaba, la explosividad de estos sectores, con una actitud extremadamente combativa y una energía inagotable. El anarquismo como movimiento de masas emergió temprano, en 1868, bajo las banderas del ala bakuninista de la Primera Internacional. Originariamente presentaba formas organizativas bastante primitivas, de círculos de propaganda y conspiratorios, pasando en los 1890 por una etapa de terrorismo y 'propaganda por el hecho'. A inicios del siglo XX, al calor de la industrialización del país, sus formas de organización evolucionaron, haciendo suyo el sindicalismo revolucionario, y gestándose la Confederación Nacional del Trabajo, creada en Barcelona en 1910, buque insignia del anarcosindicalismo español. En 1917-1920 se convirtió en una verdadera organización de masas, fuertemente arraigada en diversas regiones.

En parte, el éxito del anarquismo español se debe, parafraseando a Lenin, a 'los pecados oportunistas' del PSOE, que empujaron a los obreros más combativos a las ideas anarquistas. Pero por otra parte también reflejaba el subdesarrollo de la industria española, sobre todo de la catalana (por no hablar del atraso del campo meridional). La falta de fuentes de energía baratas, de un mercado de capitales moderno y la dependencia de la industria catalana en el mercado nacional, eminentemente rural y atrasado, y que por lo tanto fluctuaba enormemente dependiendo de la cosecha, además de la geografía accidentada de Barcelona, ralentizaron el surgimiento de economías de escala y de las líneas de montaje modernas. La industria catalana se caracterizaba por su falta de concentración, fragmentada (con notables excepciones) en centenares de pequeños talleres. La estrechez y fragmentación de la industria catalana condicionó la conciencia de su proletariado, también estrecha y fragmentada. No es difícil imaginar que las ideas del federalismo y de la comuna libre tuvieran éxito en estos pequeños talleres. Y no es ninguna coincidencia que las industrias más avanzadas del país, las de Vizcaya y Asturias, fueran siempre un feudo del socialismo y que más tarde fueran la punta de lanza del comunismo en España.

Joaquín Maurín, que fue cenetista en su juventud, comprendió la dualidad entre el socialismo y el anarquismo en España: 'Los anarquistas establecieron su base principal en Barcelona, que era el centro industrial del país, mientras que los socialistas lo asentaron en Madrid, capital burocrática de la nación, en donde el proletariado propiamente dicho apenas existía... Los anarquistas eran más combativos que los socialistas... El anarquismo, un poco místico, quijotesco, aventurero, individualista, estaba mucho más cerca de las características psicológicas del pueblo

español, que no el socialismo: frío, esquemático, formulista, disciplinado, reglamentario'.⁵

La repartición del territorio español entre anarquistas y socialistas se mantuvo durante décadas, y el movimiento obrero español dio muestras de un cierto estatismo. Ambos movimientos, a pesar de su carácter diametralmente opuesto, presentaban obstáculos formidables para el éxito revolución social en España: el reformismo de los socialistas por una parte, y la incompreensión de la cuestión del poder y el sectarismo de los anarquistas, por la otra. Para deshacerse de estas dos taras, el movimiento obrero español necesitaba una dura sacudida, que pusiera a prueba decisivamente al socialismo y al anarquismo.

En este sentido, el contraste con el movimiento obrero ruso es notable. La implacable maquinaria de represión del zarismo actuó como piedra de agua para el socialismo ruso, poniendo a prueba todos los métodos, todas las ideas, desarrollándolo a marchas forzadas, obligándolo a avanzar constantemente, a pensar y repensar todos los problemas de la revolución. La violencia y oscurantismo del régimen también empujaron a gran parte de la intelectualidad rusa hacia las conclusiones más audaces del pensamiento revolucionario y a unirse al movimiento obrero, produciendo una síntesis poderosísima. En España, el régimen invertebrado e híbrido de la Restauración, fruto de las luchas agotadoras entre conservadores y liberales en el siglo XIX, que combinaba el absolutismo con elementos tímidos de democracia burguesa, permitió que surgieran tendencias reformistas, aunque patéticas y rudimentarias, en el movimiento obrero, y que los intelectuales tendieran a engrosar las filas del republicanismo, de la izquierda pequeñoburguesa y del socialismo más moderado, en vez del movimiento obrero revolucionario.

La insurrección de 1917

España se mantuvo al margen de la Primera Guerra Mundial. El régimen borbónico, hostil al republicanismo francés y al liberalismo inglés, simpatizaba con los imperios alemán y austrohúngaro, pero por razones geográficas la intervención a favor de las potencias centrales era imposible. La burguesía liberal, sobre todo la catalana, simpatizaba con los Aliados, del mismo modo que los socialistas reformistas del PSOE. La revolución de febrero de 1917 en Rusia daría un potente estímulo a la lucha de clases en España, pero, como sucedió en Petrogrado, el primero en recoger los frutos de la revolución fue la burguesía liberal. La aparente victoria de la democracia burguesa en Rusia enardeció a los reformistas en España, y la entrada de los EEUU del liberal Wilson en la guerra en abril añadieron a su entusiasmo. La neutralidad de España había permitido a los industriales obtener pingües beneficios exportando a ambos bandos. El fortalecimiento económico de la burguesía industrial había de tener un impacto en su ambición política.

En la primavera de 1917, España fue sacudida por un motín de los oficiales del ejército. Aunque su programa era egoísta y corporativo, exigiendo mejores salarios y condiciones, usaban un lenguaje vagamente reformista. El régimen de la Restauración, que históricamente había dependido de la buena fe de los oficiales para

⁵ Joaquín Maurín, *Revolución y contrarrevolución en España* (Paris, 1966), p.244.

protegerse tanto de los demócratas como de los obreros, fue puesto en una situación difícil.

Se parecían haber gestado las condiciones para una campaña liberal ambiciosa. Su caudillo indiscutible era Francesc Cambó, dirigente de la Liga Regionalista, un partido liberal catalán estrechamente ligado a la burguesía barcelonesa, que exigía reformas en Madrid y autonomía para Cataluña. Un hispanista norteamericano se refirió a él como el Miliúkov español, haciendo referencia al líder de la burguesía rusa en 1917.⁶ Esta es una analogía adecuada, y la evolución política de Cambó no sería muy distinta de la de Miliúkov.

Cambó organizó, en junio de 1917, una asamblea de parlamentarios rebeldes, que congregaba a los diputados republicanos, regionalistas y socialistas. Su objetivo era que se convocara una asamblea constituyente para democratizar el país. Las ambiciones de Cambó respondían no sólo a las exigencias de la burguesía para echar abajo el viejo aparato feudal. También entendía que, si no se llevaba a cabo una revolución desde arriba estallaría la revolución desde abajo. Como él mismo dijo, ‘lo más conservador en estos momentos es ser revolucionario’.⁷ Efectivamente, el movimiento obrero empezaba a alzar la cabeza tras un breve letargo en 1914-1915. En 1916 se disparó el número de huelgas, culminando el año con una huelga general convocada por la CNT y la UGT contra la inflación.

Aunque la guerra había dado lugar a un periodo de bonanza, ésta no beneficiaba a todos por igual. El aumento de las exportaciones dio lugar a una espiral inflacionaria y a la escasez de productos. El boom de la industria también incrementó las migraciones del campo a la ciudad, aumentando la fuerza numérica del proletariado. La revolución de febrero en Rusia alentó a la burguesía española, pero también a los trabajadores, deseosos de imitar la gesta de sus hermanos y hermanas rusos. El alza en la lucha de clases se reflejó en el pacto de Zaragoza de 1916 entre la CNT y la UGT; tomaba forma un frente único entre ambas centrales. El revolucionario ruso-belga Víctor Serge, que pasó varios meses en Barcelona durante la guerra, describió el impacto de la revolución rusa entre los obreros catalanes:

Los españoles, incluso los obreros de mi fábrica... entendieron instintivamente la importancia de las jornadas de Petrogrado, pues su imaginación recreó estos acontecimientos en Madrid y Barcelona. La monarquía de Alfonso XIII no era más popular que la de Nicolás II. La tradición revolucionaria de España, como la de Rusia, se remontaba a los tiempos de Bakunin. Las cuestiones sociales de ambos países eran similares: problemas agrarios, el atraso industrial, un régimen político que llevaba al menos un siglo y medio de retraso frente a Europa Occidental.⁸

Cambó y la asamblea de parlamentarios entraron en negociaciones con los dirigentes socialistas, cuya visión etapista de la revolución, según la cual era necesaria la revolución burguesa y una fase larga de desarrollo capitalista antes de poder plantearse el socialismo, les hacía aferrarse a las faldas de los burgueses. La CNT catalana, liderada por Salvador Seguí, un dirigente pragmático y astuto que trató de

⁶ Gerald Meaker, *The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923* (Stanford, 1974), p.70.

⁷ Manuel de Burgos y Mazo, *Páginas históricas de 1917* (Madrid: 1917), pp.109-110.

⁸ Victor Serge, *Memoirs of a Revolutionary* (Oxford, 1980), pp.53-54.

romper con las tradicionales actitudes cabezotas y sectarias del movimiento libertario, se sumó a la campaña, con la esperanza de radicalizarla y encauzarla hacia la revolución social. Empezó a fraguarse la idea de la huelga general indefinida exigiendo la abdicación del rey y la convocatoria de una asamblea constituyente. La idea fue acogida con entusiasmo por las masas obreras.

Ante la ola de radicalización del verano de 1917, los liberales se echaron atrás asustados. Se dieron cuenta de que estaban despertando fuerzas que no podrían controlar. A su vez, en julio el gobierno de Eduardo Dato había conseguido recuperar la confianza de los oficiales, haciendo concesiones y poniendo fin a la rebelión militar. Las esperanzas de los liberales de ganarse a los oficiales quedaron en agua de borrajas. Los próceres reformistas del PSOE también empezaron a arrepentirse de la empresa, y aplazaron repetidas veces la huelga, dilatando su organización y tratando de templar el entusiasmo.

Sin embargo, el presidente conservador Dato precipitó la huelga general con una serie de provocaciones contra los sindicatos ferroviarios, que obligaron a los socialistas a convocar el paro general. Dato esperaba asustar a los liberales, galvanizar a los oficiales y aplastar al movimiento obrero a través de una ofensiva feroz y despiadada. La lucha fue extraordinariamente dura, y se prolongó varias semanas. Numerosas localidades fueron completamente paralizadas por los obreros, sobre todo en el norte. En Madrid se disparó con ametralladoras contra las muchedumbres pacíficas. En Sabadell, se usó artillería contra la sede de los sindicatos. En Bilbao se desplegaron tropas adicionales de León, ante el temor de que la guarnición vizcaína se uniera a los obreros. Setenta y un trabajadores murieron en los combates, según los datos oficiales (la cifra real probablemente sea mucho mayor).

La responsabilidad del fracaso de la insurrección de agosto de 1917 recae en gran medida sobre los socialistas. En todo momento, tanto en las fases preparatorias como durante la lucha, actuaron como un freno al movimiento. El manifiesto emitido por el comité de huelga socialista se limitaba a repetir las reivindicaciones moderadas de la asamblea de parlamentarios de Cambó, sin lanzar ni una sola consigna económica o social, y se exigió a los obreros una actitud pacífica y ordenada, cuando era obvio desde el principio que Dato y su ministro del interior, Sánchez Guerra, se enfrentarían al movimiento con violencia extrema. No se planteó en ningún momento armar a los obreros, un error que el mismo dirigente socialista Besteiro admitió. No había un plan de acción colectivo, y cuando el gobierno rompió las comunicaciones entre las distintas regiones fueron capaces de aislar y confundir a los obreros. La mayor parte de los ferrocarriles siguieron funcionando, por lo que el gobierno pudo desplegar sus tropas rápidamente. Esto se debió a que el dirigente del sindicato ferroviario de la UGT, Ramón Cordoncillo, se negó a apoyar la huelga. El movimiento fue concebido como unas jornadas de protesta, no como una insurrección general, que era lo que deseaban las bases socialistas y anarquistas. La cobardía de la dirección socialista no escapaba a nadie, y los intelectuales burgueses más clarividentes la percibieron. Ortega y Gasset comentó:

En 1917 intentan obreros y republicanos una revolucioncita. El desmandamiento militar de julio les había hecho creer que era el momento. ¿El momento de qué? ¿De batallar? No, al revés: el momento de tomar posesión del Poder público, que pareciera yacer en medio del arroyo... Por esto, aquellos socialistas y republicanos no quisieron contar con nadie, no llamaron con palabras fervorosas

y de elevada liberalidad al resto de la nación. Supusieron que casi todo el mundo deseaba lo mismo que ellos, y procedieron a dar el “grito” en tres o cuatro barrios de otras tantas poblaciones.⁹

La acción había sido subordinada a la cobarde burguesía liberal, que temía más a los obreros que a la monarquía y a los caciques. Cambó se apresuró desde el primer momento en desvincularse del paro, y su única comunicación con el comité de huelga fue... ¡para pedirles que respetaran la propiedad privada!¹⁰ Años más tarde, el mismo Cambó admitió que, en el 1917, ‘tuvimos que dejar a un lado la cuestión de la libertad... ante la amenaza del bolchevismo’.¹¹ La actitud vacilante de la burguesía liberal, pero también de la dirección reformista del PSOE, recuerda a la cobardía de los demócratas franceses en la revolución de 1848, magistralmente descrita por Marx:

Si se pensaba en una lucha efectiva, era peregrino deponer las armas con las que esa lucha había de librarse. Pero las amenazas revolucionarias de los pequeños burgueses y de sus representantes democráticos no son más que intentos de intimidar al adversario. Y cuando se ven metidos en un atolladero, cuando se han comprometido ya lo bastante para verse obligados a ejecutar sus amenazas, lo hacen de un modo equívoco, evitando, sobre todo, los medios que llevan al fin propuesto y acechan todos los pretextos para sucumbir. Tan pronto como hay que romper el fuego, la estrepitosa obertura que anunció la lucha se pierde en un pusilánime refunfuñar, los actores dejan de tomar su papel *au sérieux* y la acción se derrumba lamentablemente, como un balón lleno de aire al que se le pincha con una aguja.¹²

Parte de la culpa del fracaso de 1917 yace también en los anarquistas. Las poderosas organizaciones libertarias andaluzas no secundaron la huelga por considerarla ‘política’, ignorando el potencial revolucionario del movimiento por la democratización y por la asamblea constituyente. En general, la huelga tuvo muy poca fuerza en el campo y fue un movimiento fundamentalmente urbano, cuyo epicentro fueron las zonas dominadas por el socialismo, Madrid, Asturias y Vizcaya. Por último, más allá de los errores de la dirección de la huelga, hay que señalar el comportamiento de las tropas. Los soldados no confraternizaron con los obreros ni en 1917 ni durante las agitaciones de los años siguientes, lo cual dificultó el éxito de la revolución española. Este hecho será analizado más adelante.

En agosto de 1917 el movimiento obrero había sufrido un revés pero no una derrota decisiva. En cierto sentido, facilitó la radicalización de la clase obrera del país que marcaría los años siguientes. La represión recayó fundamentalmente sobre el PSOE y la UGT. El fracaso golpeó seriamente el prestigio de sus dirigentes. La victoria de los bolcheviques en octubre, que desafiaba su política de colaboración de clases, desmoralizó aún más a la dirección socialista. Asimismo, estos sucesos socavaron la autoridad de los republicanos y liberales, que fueron vistos correctamente como traidores y cobardes. La experiencia falseó las enseñanzas de los republicanos y los socialistas de democratizar el Estado. El pueblo no podía hacerse con la maquinaria del Estado y usarla para sus propios fines; había que hacerla añicos. Se creó un hueco

⁹ José Ortega y Gasset, *La España Invertebrada* (Madrid, 1922), p.50.

¹⁰ Meaker, *The Revolutionary Left*, p.86.

¹¹ Francesc Cambó, *Memòries* (Barcelona, 1981), p.329.

¹² Karl Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1852).

<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/brumaire/brum3.htm>

que la CNT llenaría rápidamente, creciendo al calor de la radicalización de las masas y la polarización de clases. Además, el movimiento anarquista campesino, que se mantuvo al margen de la lucha, salió indemne de ésta, y dirigiría una extraordinaria oleada insurreccional en 1918. Fue en este contexto cuando llegaron a España las noticias de la victoria de los soviets en Rusia. Por primera vez desde la Comuna de París, el proletariado tomaba el poder. Las noticias sembraron el entusiasmo en los medios obreros, empezando por los campesinos andaluces.

El movimiento de la mujer obrera, enero de 1918

Las direcciones de los grandes partidos y sindicatos obreros, dominadas mayoritariamente por hombres, se encontraban abatidas tras la huelga de 1917. No así la mujer trabajadora, que en su condición de doble opresión, por el marido en la casa y por el patrono en la fábrica, cargaba en sus hombros con todo el peso de la crisis económica ocasionada por la guerra. Efectivamente, entre 1911 y 1917 el coste de la vida para una familia de cuatro había ascendido alrededor de un 25% en relación con el año 1911. Entre 1913 y 1921, los precios de los alquileres en Barcelona, centro industrial del país, se habían disparado ¡un 255%! Fue la mujer quien salió al paso espontáneamente contra esta situación insostenible, sin esperar las órdenes de nadie. Como sucedió en febrero de 1917 en Rusia, y como siempre en la historia, el despertar de la mujer, su rebelión contra la injusticia en el hogar, el barrio y el trabajo, es sintomático de las pulsiones revolucionarias de la sociedad y un paso absolutamente necesario para el avance de cualquier revolución, que es imposible sin la participación activa y consciente de la mujer trabajadora.

Así pues, el 9 de enero de 1918, durante uno de los inviernos más fríos que se recuerdan, unas quinientas mujeres de Barcelona, alertadas por los rumores de que el precio del combustible aumentaría aún más, saquearon un centro de distribución de carbón en la calle Parlament y lo distribuyeron a precios asequibles entre la población obrera. Al día siguiente, unas doscientas mujeres del barrio obrero de la Barceloneta visitaron varias fábricas textiles y llamaron a las obreras a la huelga contra la carestía. Miles de mujeres abandonaron el trabajo. Le transmitieron unas reivindicaciones al gobernador, amenazando con una huelga general si no se tomaban medidas serias contra la inflación. En los días siguientes, en diversos lugares de la ciudad, las mujeres asaltaron mercados y distribuyeron la comida y el carbón entre los más necesitados gratuitamente u obligando a los tenderos a bajar los precios. De manera natural, trataron de implicar a sus compañeros en la lucha, sacando a los hombres de las fábricas. Para el día 14, el movimiento había asumido el carácter de una huelga general, encabezada por las mujeres, sobre todo por obreras jóvenes, pero también con la participación de muchos hombres. Esa misma tarde, la policía disparó contra la muchedumbre, dejando a dos trabajadoras gravemente heridas. Las huelguistas eligieron delegadas y convocaron una asamblea general el día 17 para dirigir la huelga y plantear reivindicaciones comunes, que se resumían en una reducción de los precios de la canasta básica y de los alquileres a los niveles de 1914.

La situación de desorden y parálisis obligó al gobernador militar a declarar el estado de guerra y la suspensión de garantías y a desplegar 25.000 soldados en Barcelona. Sólo así consiguió quebrar el movimiento, aunque las manifestaciones y tumultos siguieron hasta mediados de febrero. Tuvieron un eco en otras ciudades catalanas y del resto del Estado. En cierta medida, estas luchas cambiaron la relación entre

hombres y mujeres. Posiblemente como consecuencia de los sucesos de enero, en junio de 1918, la CNT dedicó una ponencia a la cuestión de la mujer en su congreso de Sants, proponiéndose organizar a la mujer trabajadora e integrarla en sus comités. Aunque en base a esta ponencia se realizarían pasos importantes en la organización sindical de la mujer, lamentablemente tendrían una presencia muy reducida en las direcciones del movimiento.¹³

Las agitaciones campesinas andaluzas, otoño de 1918

En el otoño de 1918 comenzó un poderoso movimiento insurreccional que sacudió los campos andaluces, y que tuvo repercusiones también en Extremadura y Valencia. Los jornaleros declaraban huelgas indefinidas y en algunos lugares tomaban el control de los pueblos y proclamaban la anarquía. Los sindicatos rurales crecieron enormemente, sobre todo la Federación de Obreros del Campo (a veces conocida como FNA), de orientación anarcosindicalista, que en 1918 se afilió a la CNT. Hubo una eclosión de la prensa revolucionaria, y los campesinos devoraban la literatura anarquista y socialista. Los analfabetos se reunían para escuchar las proclamas de la boca de aquellos que sabían leer.

En este movimiento, la Revolución rusa se convirtió en una potente fuente de inspiración, sobre todo la leyenda de la “repartición negra” de la tierra a los campesinos rusos. Los jornaleros insurrectos renombraban las calles y las plazas “Lenin”, “Soviets” o “Revolución de octubre”, y muchas de las asociaciones obreras se daban el nombre de “Soviet”. Así describió el autor estadounidense John Dos Passos, que en 1918-1919 estuvo viajando por Andalucía, las agitaciones campesinas andaluzas:

Como en todas partes, aquí Rusia se ha convertido en un faro de esperanza. Desde 1918 una tensión extraordinaria se ha adueñado de estos humildes, enjutos campesinos que, tras siglos de opresión y de hambre han mantenido, a pesar de su casi total analfabetismo, un curioso sentimiento de independencia individual. En los patios de las tabernas un muchacho con un par de años de educación lee con dificultad proclamas revolucionarias a una muchedumbre de hombres que le escuchan y repiten sus palabras con el fervor del que asiste a una misa religiosa.... En octubre de 1918, un congreso de jornaleros decidió emprender el método de la huelga y, lo más importante, exigir la expropiación de la tierra. En dos meses, las sociedades de resistencia se han unificado, formando un sistema cohesionado con una dirección más o menos centralizada. La huelga fue tan completa que en algunas localidades incluso los sirvientes dejaron de trabajar. Tras las salvajes represiones y la ocupación militar de la provincia entera, la huelga fue desinflándose, aunque se consiguieron concesiones que mejoraron significativamente las condiciones laborales pero dejaron las cuestiones más importantes pendientes.¹⁴

El gobierno se vio obligado a desplegar 20.000 soldados en Andalucía, pero ni aún así se consiguió frenar del todo el movimiento. En el verano de 1919 se agravaron las agitaciones, y los terratenientes recurrieron al hambre para subyugar a los

¹³ Temma Kaplan, *Ciudad roja, período azul: los movimientos sociales en la Barcelona de Picasso* (Barcelona, 2003).

¹⁴ John Dos Passos, *Rosinante to the Road Again* (1922), p.109.

campesinos. Ante la represión y el hambre, el movimiento adoptó métodos terroristas y violentos, quemando las casas de los señores y los establos y asesinando ganado. Dos Passos cuenta:

La inflación y el descontento creciente reavivó la lucha en el verano de 1919. El ejército fue usado incluso con mayor brutalidad que el año previo. Los intentos de llegar a un acuerdo, repartiendo los terrenos baldíos, fueron igual de inútiles que los máuser de la Guardia Civil a la hora de apaciguar las revueltas. Las organizaciones de los campesinos seguían intactas y sus reivindicaciones seguían siendo las mismas... En este momento, los terratenientes usaron un arma terrible: el hambre. Miles de hectáreas de terreno fértil permanecen sin cultivar o son usadas como pasto para los toros bravos. Las grandes familias latifundistas poseen terrenos por toda España; si en cierta región los jornaleros se vuelven demasiado exigentes, deciden dejar la tierra baldía durante uno o dos años. En las aldeas se plantea el dilema de pasar hambre o emigrar... La quema se convierte en su última arma desesperada. Por la noche, arde el trigo misteriosamente, o la mansión de un terrateniente, y desde las colinas arboladas de almendros resecos, grupos de hombres hambrientos admiran las llamas llenos de satisfacción.¹⁵

La tragedia del movimiento campesino de 1918-1919 fue su falta de coordinación con el proletariado urbano. En estos episodios, se mostraron los límites del campesinado como fuerza revolucionaria, que, a pesar de poder librar heroicas luchas y mostrar una tenacidad y valentía extraordinarias, e incluso contando con organizaciones sindicales bastante avanzadas, es incapaz de echar abajo al poder establecido, por estar desperdigado y jugar un papel secundario en la economía y la sociedad capitalista. Como muestra la experiencia rusa, el campesinado puede ser una fuerza revolucionaria imparable si se coordinan con las masas de las ciudades, que son los centros del poder económico y político. El sindicalista francés Alfred Rosmer, que visitó Barcelona en 1920, explicó el problema de la revolución española lúcidamente:

En 1917 una huelga general había golpeado al régimen con fuerza. Además, esta potente agitación no afectaba sólo a la Cataluña industrial y proletaria. En las regiones agrícolas del sur... también hubo insurrecciones contra los latifundistas, sobre todo en Andalucía. Para los revolucionarios, la tarea urgente era sencillamente la de coordinar estos dos movimientos.¹⁶

Si la CNT, que en estos años extendió su influencia al campo, hubiese organizado en 1919 con el PSOE y la UGT un nuevo movimiento insurreccional a escala nacional como el de 1917, pero con mayor audacia y con un programa revolucionario más claro, combinando las reivindicaciones políticas de la república y la asamblea constituyente con consignas sociales para la redistribución inmediata de la tierra y la satisfacción de las reivindicaciones obreras, y organizándola desde la base a través de comités y asambleas amplias, se podría haber usado la fuerza de campesinos y obreros conjuntamente contra el viejo régimen. Pero en este momento la CNT estaba concentrada en las luchas de Barcelona, que se intensificaron violentamente desde inicios de 1919, y su estrategia a medio plazo no estaba nada clara.

La huelga de La Canadiense y el renacer del movimiento obrero, 1919

¹⁵ Ibid., p.110.

¹⁶ Alfred Rosmer, *Lenin's Moscow* (Londres, 1971), p.21.

La primavera de 1919 marca un salto cuantitativo para el movimiento obrero en España. En febrero de 1919 estalla un conflicto salarial en las oficinas administrativas de la Compañía Hidroeléctrica del Ebro, conocida popularmente como La Canadiense debido a que parte de las acciones de esta empresa pertenecían a un conglomerado anglo-canadiense, y que proveía de electricidad a gran parte de Barcelona. Las provocaciones de los propietarios, que despidieron de manera fulminante a ocho huelguistas, arrastran a toda la compañía y a todo el sector a la huelga, dejando la ciudad a oscuras.

El gobierno responde con la suspensión de garantías constitucionales y el arresto de centenares de sindicalistas, desplegando al ejército y con la movilización forzosa del personal de las eléctricas. Los planes para la total militarización del trabajo son suspendidos por el miedo del gobierno a que tal medida provocase 'la huelga general, no sólo en Barcelona, sino en las demás provincias', y por otra parte, por el riesgo a que 'se infiltren en el Ejército, y precisamente en Cataluña, individuos contaminados de rebeldía'.¹⁷ La clase obrera de Barcelona responde ante el ataque y en cuestión de días todo el proletariado de la ciudad se lanza a la huelga bajo la dirección de la CNT y del comité de huelga presidido por Ángel Pestaña:

Ya tenemos la lucha planteada en toda su plenitud: un número considerable de obreros sin organización, sin Sindicato, sin nada, que se encuentran en la calle, a la ventura, es decir, teniendo que hacer cada uno lo que quisiera. Entonces, los Sindicatos más fuertes de Barcelona, los del ramo de Maderas, Metalurgia, y de Construcción, se hacen cargo de la huelga y dicen que la huelga es suya; se triunfará, afirman, o todas las organizaciones obreras de Barcelona responderán a la provocación de las autoridades.¹⁸

La huelga dura varias semanas. El comité de huelga que coordina el movimiento y cuenta con el seguimiento de cientos de miles de obreros se convierte en el verdadero dueño de la ciudad. Pestaña describe la organización e importancia del comité:

Nuevos trabajadores vinieron a la huelga, y cada Sindicato, como es nuestra costumbre, nombró un delegado y se nombró un Comité de huelga; pero nosotros, entendiendo que la verdadera soberanía reside en el pueblo, no tuvimos más que un poder consultivo; el Poder ejecutivo radicaba en la asamblea de todos los delegados de los Sindicatos en Barcelona, que se reunió y cada día se tomaban acuerdos para el siguiente, cada día se ordenaba qué fracciones o que trabajos debían paralizarse al día siguiente.¹⁹

Este órgano reviste paralelismos con un soviét, un órgano de poder obrero y de democracia proletaria, aunque también hay diferencias. El comité de huelga lo controla la CNT, no deja de ser un órgano sindical, con las limitaciones que esto conlleva. Años más tarde, Trotsky criticaría la fijación sindicalista de los libertarios españoles:

¹⁷ Archivo Histórico Nacional, Gobernación (Histórico), Serie A, Legajo 17, '17/02/1919 - Nota confidencial'.

¹⁸ Ángel Pestaña, *Conferencia en Madrid* (Madrid, 1919), p.5.

¹⁹ *Ibid.* p.8.

Los anarquistas han dado pruebas de una fatal incomprensión de las leyes de la revolución y de sus tareas, ya que limitaron la revolución a los sindicatos, es decir, a las organizaciones de tiempo de paz, impregnadas de rutina e ignorantes de lo que pasaba fuera de ellas, en las masas, en los partidos políticos y en el aparato de estado. Si los anarquistas hubiesen sido revolucionarios, hubiesen llamado ante todo a la formación de sóviets que reuniesen a todos los representantes de la ciudad y del campo, incluyendo a los millones de hombres súper-explotados que jamás habían entrado en un Sindicato.²⁰

El encorsetamiento sindical de la huelga de La Canadiense le dio un carácter económico y unilateral a una lucha que tenía un potencial verdaderamente revolucionario y político.

Ante las calumnias de la prensa burguesa, los trabajadores de las imprentas establecen la “censura roja”: ‘El Sindicato de Artes Gráficas... dio la orden a los trabajadores de no componer ninguna noticia que no respondiera a la verdad, ningún escrito en que se insultara a los trabajadores o que fuera en contra del movimiento huelguista’.²¹ El ejército se ocupa de las principales actividades económicas, y el gobierno se tiene que apoyar en la Guardia Civil y en el *somatén*, un grupo paramilitar que agrupa a la burguesía y a la pequeña burguesía barcelonesa, para mantener un mínimo de orden público. En marzo se alcanza un acuerdo preliminar entre el comité de huelga con el delegado del gobierno, José Morote, para poner fin al conflicto. El acuerdo prevé entre otras concesiones la liberación de los arrestados durante la lucha, pero es rechazado contundentemente por las bases sindicales en un mitin en la plaza de toros ante la falta de garantías y la negativa a liberar a algunos de los presos.

En realidad, el acuerdo fue sabotado conscientemente por la patronal catalana aliada al ejército y a la policía. Ante la actitud timorata de los burócratas madrileños, alejados de las tempestades sociales de Cataluña, los poderes fácticos de Barcelona empiezan a estrechar lazos, poniendo a un lado sus diferencias políticas ante el enemigo común, el proletariado, y organizándose al margen (y a veces en contra) del débil y desacreditado Estado central: son las semillas del golpe de Estado de Primo de Rivera, que se tramó en las mansiones del Tibidabo. La cuestión de fondo es por un lado el miedo (fundado) de la burguesía catalana a una revolución social encabezada por la CNT, y por otro la incapacidad de hacer concesiones a la clase obrera, por la debilidad estructural de la industria catalana y por la crisis económica que acarrea el fin de la guerra. Mientras las autoridades en Madrid buscarán la conciliación de clases (coadyuvada por la represión), la burguesía catalana se encuentra desesperada y decidida a aplastar al movimiento obrero. Su principal aliado en esta empresa será el ejército.

Es en abril y mayo, tras el fracaso del acuerdo inicial, cuando comienza la fase más encarnizada de la huelga, que alcanza una magnitud insurreccional. El gobierno declara el estado de guerra. Explica Ángel Pestaña:

A las doce, una hora después, estaba todo paralizado, porque incluso los restaurantes estaban cerrados. Bastó una hora para ello, y eso, puedo afirmarlo aquí, sin una coacción; que no hubo necesidad de invitar a ningún obrero a que

²⁰ Trotsky, *La Revolución española* (Madrid, 2009), p.159.

²¹ Pestaña, *Conferencia en Madrid*, p.7.

abandonara el trabajo. Fijaos si se cumplió bien la orden que, a las tres de la tarde, el señor gobernador de Barcelona no podía comer, porque en los restaurantes no había comida.²²

La represión es incapaz de amedrentar a los obreros y el movimiento en Barcelona empieza a tener un eco en otras localidades. La burguesía tiene que recular. Sólo ofreciendo toda una serie de concesiones históricas se consigue poner fin a la huelga. Se legisla la jornada de ocho horas, se libera a los detenidos, se devuelven los jornales perdidos durante la huelga y se restituye a los sindicalistas despedidos. Es una victoria del proletariado español y una derrota para la burguesía, que se ve sumida por el pesimismo y el temor a la revolución. Un informe de Barcelona al presidente Conde Romanones refleja la situación revolucionaria que atravesaba el país:

Es indudable que el Sindicalismo total es un hecho. Podrá gustar más o menos, pero es un hecho social de realidad y fuerza incontrastables. - En lo sucesivo hay que contar con él y será temerario tratar de destruirlo. Tiene hondas raíces y cuenta con las simpatías de la mayoría. No es cierto que los obreros se sindiquen con la fuerza... Toda política obrerista que no se funde en esta realidad será equivocada. Ahora bien, esto no implica ni mucho menos el desconocimiento de que tras esta fuerza, hasta cierto punto legítima, se esconde una pasión revolucionaria, cuya osadía será mayor o mayor según ocurra en Rusia - y en general en Europa - y que hay que estar dispuesto con medios eficaces para rechazar por la fuerza cualquier explosión violenta que ocurra.²³

Durante los meses siguientes la agitación se extiende por España, aumenta la actividad huelguística y en muchos lugares se generan situaciones abiertamente revolucionarias, sobre todo en Andalucía y Valencia. En diversas localidades se forman soviets y guardias rojas. Por ejemplo, las autoridades de Denia mandan un telegrama al gobierno afirmando:

Sociedades obreras aquí federadas forman Soviet usurpan atribuciones gubernamentales e impiden maliciosamente trabajos industria comercio expediciones embarques. Hoy han impedido embarque pasa y trabajo industrial dicentes infligiéndonos graves perjuicios. Rogamos VE disponga telegráficamente impidan Autoridades estos atropellos y castiguen mano fuerte a los realizados.²⁴

Es un periodo de crecimiento vertiginoso de la CNT, que pasa de contar con unos 80.000 afiliados en julio de 1918 a 790.000 en diciembre de 1919. Para finales del año, la CNT y la UGT suman más de un millón de afiliados; nunca había estado el proletariado español tan bien organizado.

La radicalización no afecta sólo al proletariado industrial y al campesinado pobre. También se adueña de grupos de profesionales e intelectuales tradicionalmente conservadores. Es significativo que la huelga de la Canadiense comenzara no entre los obreros de cuello azul, sino entre los oficinistas de la empresa. Hay movimientos

²² Pestaña, *Conferencia en Madrid*, p.15.

²³ Real Academia de la Historia, Fondo Romanones (96/38), 'Consecuencias que se desprenden de la Huelga de la Canadiense'.

²⁴ Archivo Histórico Nacional, Gobernación (Histórico), Serie A, Legajo 57, '13/10/1919, n.1108, de Denia (Alicante) - A Ministro de Gobernación'.

huelguísticos también entre los médicos residentes y los farmacéuticos. Como dice el informe de Barcelona citado anteriormente, 'He hablado con muchos, incluso con empleados de cierta categoría, arquitectos, ingenieros, etc. y todos están por la sindicación, porque creen que sólo merced a ella podrán mejorar la situación'.²⁵ Numerosos intelectuales progresistas pasan a militar a las filas de la CNT. En estos años se forja la generación de intelectuales de izquierdas que marcará los años treinta: profesores como Joaquín Maurín o Andreu Nin, periodistas como Ángel Samblancat o Francisco Madrid, abogados como Francesc Layret o Lluís Companys, se acercan a la CNT y al proletariado.

Todos los episodios de agitación obrera despiertan al resto de sectores oprimidos y agraviados de la sociedad. La profundidad de la radicalización de estos años también se había de expresar en un recrudecimiento de la cuestión nacional, con una intensa campaña a favor de un estatuto de autonomía para Cataluña en el otoño de 1918 que movilizó a amplias capas de la pequeña burguesía e incluso de la clase trabajadora contra la opresión nacional, bajo la dirección de la Liga Regionalista burguesa. Sin embargo, este movimiento interclasista se vio quebrado por el alza en la lucha de clases en Cataluña en 1919.

Más importante aún, hay conatos de rebelión entre el ejército. Aunque no hay grandes motines como en los países centroeuropeos, se percibe una radicalización clara entre los soldados: son confiscadas hojas revolucionarias en numerosos cuarteles, en muchas localidades se forman comités de obreros y soldados. En enero de 1921, en el cuartel de artillería de Zaragoza estalla una insurrección dirigida por soldados anarquistas que es aplastada por la fuerza. El propio Joaquín Maurín se afilia a la CNT siendo un soldado en la guarnición de Madrid, y asiste al congreso nacional de la confederación en diciembre de 1919 en calidad de soldado. El informe de Barcelona que venimos citando recomendaba a Romanones sustituir el servicio militar obligatorio por uno voluntario para prevenir la radicalización del ejército, así como la ampliación de la Guardia Civil y la mejora de sus salarios y condiciones, y la formación por todo el país de grupos paramilitares pequeñoburgueses inspirados en el *somatén*: 'En el porvenir es evidente que se deberá cambiar el sistema de reclutamiento del ejército, sustituyendo el voluntariado al actual servicio obligatorio'.²⁶ Era necesario, mediante los privilegios y la profesionalización, aislar al aparato de Estado de la presión implacable de la lucha de clases, para que pudiera seguir siendo una herramienta en manos de la burguesía.

La situación de constantes huelgas, protestas y sabotaje se vuelve insoportable a ojos de la patronal. El miedo y el pesimismo de los capitalistas se refleja en el plano político, con choques constantes en el seno de partido conservador entre los sectores que abogan por mano dura contra los sindicatos y los que buscan algún tipo de pacto, mientras que el partido liberal se mantiene en la parálisis y la inacción. Los años 1917-23 se caracterizan por los bandazos entre la represión y la conciliación y por la inestabilidad constante, fruto de la debilidad y el acorralamiento de la clase dominante. Hay una más de una docena de cambios de gobierno en tan sólo cinco

²⁵ Real Academia de la Historia, Fondo Romanones (96/38), 'Consecuencias que se desprenden de la Huelga de la Canadiense'.

²⁶ Real Academia de la Historia, Fondo Romanones (96/38), 'Consecuencias que se desprenden de la Huelga de la Canadiense'.

años. La mentalidad de los propietarios queda bien reflejada en esta carta enviada por la unión de industriales metalúrgicos de Valencia:

Si del Poder público no se decide a una actuación franca y definida para que tan execrables delitos sean castigados en honor de la justicia con su debida sanción, si no se adoptan las normas jurídicas encamisadas a que las relaciones entre el capital y el trabajo discurran por los cauces de la armonía social; si nuestras vidas no están debidamente garantizadas y no se pone término a la anarquía que amenaza destruir la nación, tendremos que renunciar a toda salvación maldiciendo el día que tuvimos la fatal ocurrencia de operar en una industria preterida dentro de un país decadente, donde no hay esperanzas de tener justicia que es lo que demandamos y las medidas del gobierno que las circunstancias aconsejan.²⁷

En noviembre de 1919, la patronal catalana recurre al lockout, la huelga del capital, para tratar de amedrentar a los obreros, condenándoles al hambre y al paro. Las fábricas se cierran y unos 200.000 obreros se quedan sin trabajo. El lockout dura dos meses y agrava aún más el conflicto entre capital y trabajo.

La insurrección que no fue

Las circunstancias para una insurrección a escala nacional para echar abajo el régimen borbónico no podían ser más favorables a lo largo de 1919. Nunca había estado el proletariado mejor organizado, con más de un millón de obreros y campesinos sindicados, casi 800.000 de ellos en la CNT, un sindicato explícitamente revolucionario y que, en este momento, se reclama defensor del bolchevismo y de la revolución rusa. El año 1919 también queda patente la radicalización en las filas de la UGT y del PSOE, donde las bases obligan a los dirigentes reformistas a aproximarse a la Internacional Comunista (e incluso a afiliarse provisionalmente en 1920).

Era el momento de organizar un alzamiento como el de agosto de 1917, pero en una escala superior, en un contexto de mayor fermento revolucionario y de movilización, de debilidad y división en el campo enemigo, y bajo la dirección, no del PSOE reformista, sino de la CNT revolucionaria. Recuperando el programa cenetista de 1917, que vinculaba reivindicaciones políticas de derrocar la monarquía y el régimen y convocar una asamblea constituyente y organizar órganos de tipo soviético, con reivindicaciones sociales y económicas ambiciosas, de redistribución de la tierra, mejoras laborales y salariales, etc., la CNT podría haber cambiado la historia de España. La fase reformista de la revolución española hubiese sido mucho más corta, y bajo la dirección cenetista y con el ejemplo de la revolución rusa, la transición entre la revolución “de febrero” y la “de octubre”, entre la revolución política y la social, podría haber sido mucho más corta y suave, como en Hungría, donde a los pocos meses de caer los Habsburgo los comunistas tomaban el poder pacíficamente.

Las posibilidades de una insurrección se hacen incluso más favorables, por no decir necesarias, durante el lockout catalán, cuando la consigna de la ocupación de las fábricas para enfrentarse a la huelga del capital hubiese generado una situación abiertamente revolucionaria, como sucedería en Italia en otoño de 1920 cuando las

²⁷ Archivo Histórico Nacional, Gobernación (Histórico), Serie A, Legajo 58, 'Unión de industriales de Valencia a Ministro de Interior, n.544 (08/02/1920)'.

fábricas son ocupadas. No faltaron las voces reclamando la toma de las fábricas. El congreso nacional del teatro de la Comedia de la CNT resuelve responder a los lock-outs con una ‘huelga general revolucionaria’, aunque la Regional Catalana encabezada por Seguí decidió responder a este desafío llamando a la calma y a ‘evitar las provocaciones’, es decir, con una actitud de pasividad.²⁸

El colapso espontáneo del ejército que vemos en Rusia y Hungría era improbable en España; al no haber participado España en la guerra el ejército se mantiene como una fuerza relativamente pequeña, conservadora y leal al régimen; aunque rebeliones y deserciones al campo obrero entre una parte muy significativa de la soldadesca hubiesen sido inevitables, y la rápida derrota de los núcleos conservadores era posible con una ofensiva audaz por parte del movimiento obrero, dirigiendo toda su propaganda a los soldados y apoyándose en los sectores revolucionarios de la tropa.

El arte de la insurrección no está exento de riesgos y la victoria no está nunca asegurada. Lo que se puede afirmar es que en 1919 las condiciones para un alzamiento eran más favorables que en 1917, y que, en un contexto de áspero enfrentamiento entre las clases, las alternativas ante el país eran o la dictadura del proletariado o de la burguesía. Efectivamente, ya en 1919 comienza a resquebrajarse el régimen semidemocrático de la Restauración, y empieza a gestarse el golpe de Estado de Primo de Rivera. En 1919, la clase dominante esperaba y temía la batalla final con la clase obrera. Sin embargo, la CNT no da tal consigna ni organiza una insurrección. Los meses siguientes, faltos de una perspectiva general de lucha, la militancia confederal se lanza a una serie de desesperadas batallas inconexas, huelgas aisladas y conatos de insurrección que degeneran en el terrorismo individual y desmoralizan y agotan a las bases del movimiento.

Para entender la parálisis de la CNT en este periodo hay que explicar el contexto político interno de la organización. En 1919 la confederación estaba fuertemente dividida entre un sector sindicalista moderado y cauteloso, agrupado en torno a Salvador Seguí y Ángel Pestaña, y otro extremista e intransigente, de corte más nítidamente anarcosindicalista, cuyo exponente más conocido quizás sea Manuel Buenacasa. Desde septiembre de 1918 la CNT se encuentra dividida entre un comité nacional dirigido por Buenacasa y un comité catalán controlado por Seguí. También *Solidaridad Obrera*, la ‘santa sede’ de la organización, está en manos de Pestaña, aliado de Seguí. Ambos sectores son en parte culpables del fracaso de la revolución española en 1919.

Seguí era conocido por su pragmatismo y su preocupación por la organización y la viabilidad a largo plazo de la CNT. Sin duda alguna, era un organizador y un constructor de gran talento, y su muerte a manos de los pistoleros de la patronal en 1923 le convierten en un mártir del proletariado español y catalán. Su papel dirigente desde 1916 ayudó a convertir a la CNT en una fuerza de masas. Sin embargo, su empirismo y pragmatismo pasó de ser un pedal a un freno para el movimiento. En su enfrentamiento con los anarcosindicalistas más recalcitrantes e insensatos, torció el junco demasiado en la dirección opuesta. En estos años la preparación se convierte para él en una verdadera obsesión. Las críticas que hace al bolchevismo giran todas en torno a esta cuestión, acusando a los comunistas rusos de ‘falta de preparación’, y

²⁸ Burgos, *El verano de 1919*, 476.

achacando las dificultades de la república soviética a su temeridad. En sus comentarios se entrevé una falta de fe en la viabilidad de la revolución rusa, prediciendo incluso su derrota. Temeroso de que una ofensiva insurreccional pusiese en peligro la estabilidad del movimiento, él y Pestaña se opusieron a ésta. El propio Seguí reconoció su postura explícitamente en su discurso en el Ateneo de Madrid en noviembre de 1919, en el punto álgido de la oleada revolucionaria:

¿Qué habría pasado, qué pasaría ahora mismo, compañeros y amigos, si la revolución triunfante en toda Europa – aceptemos esa posibilidad – llamase a casa nuestra, a nuestra propia puerta? Decídmelo vosotros a mí. No estamos preparados, no tenemos organización; incluso tendríamos que decir a la burguesía: “No, nosotros no queremos aceptar esta responsabilidad; esperad un momento; esperad que nos orientemos...” Así nos tocaría actuar. ¿Por qué? Porque nosotros no estamos preparados, porque no estamos lo suficientemente organizados, porque no sabemos nada, con algunas excepciones, de estas cosas, prepararnos para estas cosas, porque todas las ideas, absolutamente todas, triunfan cuando hay capacidad de organización; pero cuando sólo hay sacrificio y lucha, pura y exclusivamente, el sacrificio de la lucha sin esta capacidad y esta organización no sirven de casi nada, compañeros y amigos.²⁹

El ministro del interior conservador en 1919, Manuel de Burgos y Mazo, agudo observador de los desarrollos en la CNT, explicó claramente la posición de Seguí y Pestaña, centrada en seguir construyendo la organización hasta fagocitar a la UGT, y en un momento futuro indeterminado prepararse para la revolución:

Cree Pestaña que hasta que se complete la organización sindicalista fuera de Cataluña un poco más no debe darse la batalla definitiva, a la que siendo más poderosos la organización de la CNT que la de la UGT se vería arrastrada a esta última quieran o no sus directores socialistas. Y cree que antes de completar esa organización no debe intentarse ningún movimiento en grande, aunque ello desagrade a los intransigentes, pues sería hacer el juego a la organización patronal.³⁰

A pesar de que Seguí siempre se consideró un revolucionario y un anarquista, en la práctica su excesiva cautela le empujó hacia la vía del reformismo. El principal problema de la postura de Seguí no es sólo que pospusiera la revolución a un futuro borroso, como esperando a Godot en nombre de la organización, sino que su dilación ponía en peligro la propia estabilidad y solvencia de la CNT que él tanto buscaba. El fracaso de la oleada revolucionaria de 1919 sentó las bases para un reflujo en la lucha de clases, para las ofensivas de la reacción en 1920-21 y para la dictadura de Primo de Rivera, durante la cual la CNT entró en un declive casi fatal. El único camino viable para el movimiento obrero en 1919 era el derrocamiento revolucionario del régimen borbónico y del capitalismo, o años de derrota, represión y disgregación.

Aunque la muerte de Seguí en 1923 cortó en seco su carrera política, imposibilitando un veredicto definitivo sobre el personaje, su estrecho colaborador, Pestaña, profundizó su evolución gradualista y acabó fuera de la CNT, formando un Partido Sindicalista parlamentario. La evolución Pestaña en la dirección del reformismo no es nueva, y recuerda a la trayectoria de alguien como Léon Jouhaux de la CGT francesa,

²⁹ Salvador Seguí, *Escritos* (Barcelona, 1975), p.48.

³⁰ Manuel de Burgos y Mazo, *El verano de 1919 en Gobernación* (Cuenca, 1921), p.353.

que comenzó como un sindicalista revolucionario y acabó apoyando la *union sacrée* durante la guerra. Por supuesto, en la CNT nunca se generó una corriente tan traicionera y corrupta como la de Jouhaux (al menos hasta su entrada en el gobierno durante la Guerra Civil), pero vemos tendencias generales parecidas.

Querer construir un movimiento revolucionario basado puramente en los sindicatos, como pretenden el sindicalismo y el anarcosindicalismo, entraña peligros de este tipo. Los sindicatos son los órganos de lucha más primitivos del proletariado, orientados a conseguir sus reivindicaciones más acuciantes a corto plazo. Su carácter económico, recluido entre las cuatro paredes de la fábrica, les enzarza en lo que Marx llamó una 'guerrilla interminable' con el capital:

Las tradeuniones [sindicatos ingleses] trabajan bien como centros de resistencia contra las usurpaciones del capital. Fracasan, en algunos casos, por usar poco inteligentemente su fuerza. Pero, en general, fracasan por limitarse a una guerra de guerrillas contra los efectos del sistema existente, en vez de esforzarse, al mismo tiempo, por cambiarlo, en vez de emplear sus fuerzas organizadas como palanca para la emancipación final de la clase obrera; es decir, para la abolición definitiva del sistema del trabajo asalariado.³¹

Para ser efectivos como herramienta de lucha, los sindicatos necesitan integrar a cuantos más trabajadores sea posible, incluyendo las capas más pasivas o conservadoras de la clase obrera, que ejercen una presión en los medios sindicales. Su propensión al cortoplacismo y su composición heterogénea, así como las presiones y sobornos de la patronal y el Estado, generan una tendencia entre los dirigentes sindicales hacia el conservadurismo y el economicismo (esto es, una fijación con las mejoras materiales inmediatas y el desdén hacia las cuestiones políticas más generales). Tendencia que, sobre todo en contextos de radicalización, puede ser contrarrestada por los sectores más combativos de la clase trabajadora. El sindicato no es, como sostienen los sindicalistas revolucionarios, el arma más efectiva para hacer la revolución. Lenin, en su polémica con los socialdemócratas economistas, que antepusieron la lucha sindical a la construcción de una organización de cuadros revolucionarios, explicó:

La lucha política de la socialdemocracia es mucho más amplia y compleja que la lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno. Del mismo modo (y como consecuencia de ello), la organización de un partido socialdemócrata revolucionario ha de ser inevitablemente de un género distinto que la organización de los obreros para la lucha económica. La organización de los obreros debe ser, primero, profesional; segundo, lo más amplia posible; tercero, lo menos clandestina posible (aquí más adelante me refiero, claro está, sólo a la Rusia autocrática). Por el contrario, la organización de los revolucionarios debe agrupar, ante todo y sobre todo, a personas cuya profesión sea la actividad revolucionaria (por eso hablo de una organización de revolucionarios, teniendo en cuenta a los revolucionarios socialdemócratas). Ante este rasgo común de los miembros de semejante organización debe desaparecer en absoluto toda diferencia entre obreros e intelectuales, sin hablar ya de la diferencia entre las diversas profesiones de

³¹ Karl Marx, *Salario, precio y ganancia* (1865). <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/65-salar.htm>

unos y otros. Esta organización debe ser necesariamente no muy amplia y lo más clandestina posible.³²

Para llevar a cabo con éxito la formidable lucha contra el capitalismo es necesario un partido que agrupe a los sectores más combativos del proletariado, así como de la intelectualidad revolucionaria volcada en el movimiento obrero, formados en las ideas, historia y métodos de la revolución socialista, templados en el movimiento, y con una firme comprensión de la lucha de clases, que lleven sus ideas a sindicatos y organizaciones de masas a sabiendas de que en momentos de pasividad o estancamiento las ideas nítidamente revolucionarias encontrarán eco sólo entre una capa minoritaria, la más militante.

En una forma distorsionada y peculiar, vemos que el anarcosindicalismo español acaba moviéndose en este sentido, generando una resistencia sana hacia las tendencias economicistas y creando la Federación Anarquista Ibérica (FAI) en 1927 – en realidad un partido anarquista de vanguardia operando en el seno del movimiento sindical, orientado a combatir posibles derivas reformistas.

A partir de 1919, la popularidad de Seguí y de Pestaña empieza a decaer, y las facciones anarcosindicalistas más radicales ganan fuerza en la confederación. Como explica el ministro Burgos y Mazo: ‘por las noticias que aquí se tienen en los medios obreros hay cada día más división en el sindicalismo y la popularidad de Pestaña y de Seguí empieza a eclipsarse, dando sobre todo del segundo, a quienes acusan de estar vendidos a los patronos, otros al Gobierno, y no faltan los que creen que estén vendidos a un tiempo al gobierno y a la Federación Patronal’.³³

Por otra parte, los sectores extremistas de la CNT también presentaban un obstáculo a la revolución, a pesar de su radicalismo verbal. En primer lugar, esto se debía a su incapacidad de elaborar un programa coherente y adaptado a las necesidades del momento, que necesariamente habría de combinar reivindicaciones socio-económicas con otras políticas y democráticas. En 1919 no estaba sobre la mesa la toma inmediata del poder por los obreros. Era primero necesario echar abajo al régimen de la Restauración y a la monarquía, en una lucha que permitiría arrastrar a las capas conservadoras de la población a la política, forjar órganos de poder obreros, y que abriría una fase democrática de doble poder. En líneas generales, este era el programa que planteó Seguí en agosto de 1917. En 1919, los anarquistas intransigentes, desdeñando o negando la lucha democrática, planteando un combate inmediato por una borrosa sociedad sin clases ni Estado, eran incapaces de encauzar la rabia popular en una dirección efectiva, de concentrar los esfuerzos de las más amplias masas en torno a un objetivo claro.

Sin embargo, la cuestión fundamental era que una insurrección exitosa requería necesariamente la colaboración con la UGT, que seguía siendo hegemónica en importantes regiones como Asturias, Vizcaya o Madrid. Una alianza revolucionaria de la CNT con la UGT y el PSOE parecía viable en 1919 si se dirigía una propaganda honesta y persistente a sus bases, fuertemente radicalizadas, y se proponía amistosamente un frente único de lucha. La dirección reformista del socialismo, acorralada como estaba en 1919, hubiese sido incapaz de resistir el envite de la CNT.

³² Lenin, *¿Qué hacer?* (1902). <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1900s/quehacer/qh4.htm>

³³ Burgos y Mazo, *El verano de 1919*, p.357.

De hecho, la UGT tendió la mano a la confederación en 1919 para emprender una lucha conjunta, pero fue acogida con frialdad por el comité nacional de ésta, dirigido desde 1918 por el anarquista Manuel Buenacasa. Efectivamente, en diciembre de ese año los anarquistas exigieron a la UGT, de manera sectaria, altiva y violenta su disolución e integración en la CNT, amenazando con tachar a la central de amarilla de no aceptar las exigencias de los anarquistas. Las bases aprobadas en el Congreso de la Comedia y enviadas a la UGT hablan por sí solas:

1. Anulación de todos los centros de la UGT tal y como están constituidos en la actualidad.
2. Aceptación para estos centros del reglamento orgánico que rige para las filiales de la Confederación.
3. Aceptación de la Confederación como único elemento directivo.
4. Aceptación íntegra del actual Reglamento de la Confederación.
5. No intervención en las contiendas electorales.
6. No representación parlamentaria, provincial ni municipal.
7. Respetaránse, no obstante, las actuales representaciones hasta que terminen sus mandatos, y durante ese tiempo actuarán de acuerdo con el elemento más afín, sin que sus campañas impliquen inteligencia, ni relación con la Confederación.³⁴

Así, con este sectarismo exaltado, los anarquistas dinamitaron cualquier posibilidad de colaboración entre las dos principales organizaciones obreras del país, y por ende de llevar a término una lucha efectiva contra el régimen y contra el capitalismo español. Cabe resaltar que, si bien los fogonazos más potentes en la lucha de clases de estos años se producen en Cataluña, Valencia y Andalucía, éstos duran poco tiempo y para 1921 dan lugar a la derrota y disgregación casi totales; es sólo en Asturias y Vizcaya donde la CNT y la UGT (gracias en gran medida a la militancia comunista) son capaces de colaborar y de construir alianzas por abajo, donde la lucha adquiere una expresión más sostenida y efectiva, prolongándose hasta 1923.

El lockout catalán, que dura hasta enero de 1920, debilita al movimiento obrero y a la CNT en particular. En 1920, el fermento revolucionario persiste, de hecho aumenta el número de huelgas. Sin embargo, sobre todo hacia el otoño, las luchas adquieren un carácter marcadamente defensivo y a veces desesperado. En noviembre, Martínez Anido, general africanista nombrado gobernador de Barcelona, desencadena una oleada de represión feroz contra la CNT, que consigue hacer mella en el movimiento. Se pasa de la lucha de masas al terrorismo individual, y los “grupos de acción” anarquistas pasan a primera línea. Empieza un reflujó prolongado y la agonía de la confederación, que pierde miles de afiliados en pocos meses. Algunos obreros, agotados y desanimados por la debacle anarcosindicalista, se pasan a los llamados sindicatos libres, de origen carlista y estrechamente vinculados a la patronal. Ante el debilitamiento del movimiento obrero, la clase dominante comienza a preparar una salida autoritaria a la crisis. Es precisamente la burguesía catalana, cercana a la Liga Regionalista, la que más activamente respalda el golpe de Estado de Primo de Rivera, que se trama en las mansiones de los industriales barceloneses. En septiembre de 1923, Primo de Rivera toma el poder sin resistencia alguna. A pesar de algunos

³⁴ *Memoria del congreso celebrado en el teatro de la Comedia de Madrid los días 10 al 18 de Diciembre de 1919* (Barcelona, 1932), p.167.

chispazos momentáneos, no se saldrá de esta tendencia a la baja en la lucha de clases hasta finales de los años 20.

El PSOE y la Revolución rusa

En noviembre de 1917, el PSOE se encontraba en un estado de desmoralización tras la derrota de la huelga de agosto. Las corrientes legalistas y reformistas en el partido se habían fortalecido. No es de extrañar, por tanto, que la dirección socialista reaccionara a las noticias de la revolución soviética con cinismo y fastidio. Pablo Iglesias se refirió a la toma del poder por los bolcheviques como 'trágica' e 'inoportuna'. El órgano del partido, *El Socialista*, no ofreció ningún comentario sobre la gran revolución hasta la primavera de 1918. Sin embargo, entre las bases del partido y de la UGT, el entusiasmo por la gesta bolchevique se extendió rápidamente. El aura irresistible de la revolución rusa fue capaz de despertar incluso a las fuerzas de este partido aletargado.

Tras la creación de la Tercera Internacional en marzo de 1919, la dirección socialista trató de ralentizar y de acotar el debate sobre la afiliación, haciendo una labor de zapa constante contra los llamados terceristas, los partidarios de la nueva Internacional. Sin siquiera pensar en enviar una delegación al primer congreso de la Internacional Comunista, enviaron en febrero de 1919 a Julián Besteiro a Berna, al congreso para la reconstrucción de la Segunda Internacional, dominado por los sectores derechistas y centristas de la socialdemocracia.

Pero la radicalización de las bases fue tal que la dirección tuvo que hacer concesiones notables. Efectivamente, para principios de 1919, la izquierda, encabezada por Mariano García Cortés, se hizo con el control de la poderosa agrupación madrileña. Ésta entró en pugna con la dirección nacional, controlada por el ala derecha. La izquierda también era poderosa en Asturias, cuyo proletariado industrial y minero tenía un carácter más revolucionario que el de las Castillas. Sin embargo, en este momento la facción de García Cortés era confusa, falta de un programa claro y ligada emocionalmente a la Segunda Internacional, lo cual refleja el provincialismo y atraso político del socialismo español. Personajes anteriormente revisionistas y derechistas, como Núñez de Arenas, de la Nueva Escuela, Torralba Beci o Pérez Solís, se movieron hacia el tercerismo (no sin vacilaciones). En *El Socialista*, que había acogido la revolución de octubre con silencio y escepticismo, empezaron a aparecer más y más artículos a favor de los comunistas rusos y de la Tercera Internacional. Para el verano de 1919, la cuestión de la Internacional Comunista devino el asunto central de todos los congresos y polémicas del partido, y así sería hasta al menos 1921.

El baluarte indiscutible del tercerismo estaba en la Federación de Juventudes Socialistas (JJSS) y el Grupo de Estudiantes Socialistas. Estas juventudes mostraban una impaciencia, un sectarismo y una intransigencia que las sitúa en lo que Lenin llamó el ultra-izquierdismo, corrientes que proliferaron en estos años en toda Europa, estridentes defensoras del bolchevismo, pero incapaces de articular un programa y unas consignas claras y, lo más importante, de vincularlas a las aspiraciones y preocupaciones inmediatas de la clase obrera y difundirlas en sus organizaciones de masas.

Temerosos de provocar a la militancia, los dirigentes reformistas, como Iglesias, Largo Caballero o Besteiro, intentaron prevenir burocráticamente las discusiones sobre la revolución rusa. Sabotearon un plebiscito sobre la cuestión internacional, acotando la polémica al ámbito congresual. Para otoño de 1919, el ala derecha, con algunas excepciones, desistió de la oposición abierta a la Internacional Comunista, pues la presión de la militancia hacía esto imposible – tal era el prestigio de los bolcheviques. En vez de eso, su consigna era la de la unidad de las internacionales. En el congreso extraordinario de diciembre de 1919, el PSOE adopta la decisión mantenerse provisionalmente en la Segunda Internacional y presionar para que ésta se fundiera con la Tercera, postura ilusoria que parte de un cálculo cínico del ala derecha para ganar tiempo.

Las maniobras de los reformistas se vieron reforzadas inesperadamente por la desastrosa labor del primer delegado de la Internacional Comunista en España, Mijaíl Borodin y sus acólitos Charles Shipman y M. N. Roy. Aunque Borodin era un viejo bolchevique curtido en la revolución de 1905, su largo exilio en EE. UU. y su vida apacible como empresario en Chicago templaron su actitud y le acercaron al menchevismo, rechazando las tesis de abril de Lenin y apoyando al Gobierno Provisional de Kerensky en 1917. La victoria de los bolcheviques en octubre le entusiasmó y le hizo revisar su punto de vista, dirigiéndose a Moscú, donde Lenin le enviaría en una larga misión a EE. UU. y a México. Allí, reclutaría a los jóvenes e inexpertos Shipman y Roy, exiliados de EE. UU. y la India respectivamente. La impaciencia de Borodin por impresionar a sus camaradas en Rusia y por esconder sus antiguas apostasías le llevaron a explotar indebidamente su autoridad para propiciar escisiones prematuras y políticamente desnortadas en el socialismo mexicano y español, que crearon ‘ratones’ que sólo contribuyeron a minar la labor de los terceristas en ambos países.

Borodin viajó a España desde México en diciembre de 1919 con Shipman y Roy. En Madrid, donde sólo pasó unas pocas semanas, el delegado bolchevique se desesperó ante la dilación de García Cortés y los suyos, que (comprensiblemente) eran reacios a escindir el partido sin antes dar una batalla por conquistarlo a la Internacional Comunista. Deseoso de abandonar Madrid, Borodin se apoyó en los ultraizquierdistas acaudillados por Merino Gracia de la Federación de Juventudes Socialistas para crear el partido comunista mediante un ‘golpe de Estado’, como ellos mismos lo tildaron.³⁵ Justificándose en la resolución favorable a la Internacional Comunista de su congreso, la ejecutiva de las JJSS sencillamente cambió el nombre de la organización en abril de 1920 a Partido Comunista Español (PCE), informando a sus bases a posteriori. Preparado el golpe, Borodin abandonó España, delegando sus labores en el joven Shipman. Muchos jóvenes, indignados ante la maniobra, abandonaron la Federación. De los 7.000 afiliados a las JJSS, el PCE conservó sólo a unos 2.000, concentrados en Madrid y el Norte, con un cariz marcadamente extremista, cuyo activismo a menudo se reducía a asaltar reuniones del PSOE y agredir a sus dirigentes. Era el ‘partido de los cien niños’. Esta escisión, que a través de Borodin parecía gozar del beneplácito de Moscú, desacreditó a la Internacional Comunista a ojos de muchos militantes socialistas honestos, y debilitó política y numéricamente a las fuerzas terceristas en el partido. Asimismo, el diminuto PCE también mantuvo una actitud extremadamente sectaria hacia la CNT, fomentada por Borodin y Shipman, que menospreciaban el

³⁵ Fundación Pablo Iglesias, AAVV-CV-16, Ramírez a Borodin (Madrid: 06/03/1920), 62.

arraigo del anarcosindicalismo en España. De hecho, la CNT se enteró fortuitamente de la estancia de los delegados en Madrid, y buscó una reunión con Shipman. Éste mostró poco interés y se limitó a exigir altivamente que los cenetistas se pasaran al microscópico PCE.³⁶ Todo esto desorientó a muchos anarcosindicalistas que simpatizaban con la revolución rusa. ‘El sindicalismo’, explica Joaquín Maurín, ‘al ver que los representantes oficiales de la III Internacional lo atacaban con furia, fue, como es lógico, tomando una posición de desconfianza’. Se creaba así ‘una ruptura fatal’.³⁷

Aún así, el prestigio de la revolución rusa era tal que los terceristas en el PSOE pudieron continuar su labor tras esta primera y desafortunada escisión. En el congreso extraordinario de junio de 1920, el ala derecha no tiene más remedio que aceptar lo inevitable. El partido resolvió afiliarse provisionalmente a la Tercera Internacional. Sólo derechistas descarados como Indalecio Prieto se atreven a oponerse a ésta abiertamente. Sin embargo, la dirección del partido se aferró al carácter provisional de la decisión para tratar posteriormente de derogarla. Sin tiempo de enviar una delegación a Moscú para el segundo congreso de la Internacional, convocado para julio de ese año, se decidió enviar a dos representantes a la Rusia soviética en el otoño para discutir con la dirección de la Internacional y estudiar de primera mano la obra de la revolución rusa.

Los elegidos fueron Fernando de los Ríos, profesor humanista, alejado del marxismo y del movimiento obrero por su condición social pequeñoburguesa, y Daniel Anguiano, dirigente ferroviario favorable a la Tercera Internacional que, sin embargo, era mediocre políticamente y desconocía otro idioma que no fuera el castellano. Esto dio la iniciativa durante todo el viaje a De los Ríos, que hablaba francés. Previsiblemente, el romántico humanista De los Ríos volvió de Rusia escandalizado por la difícil situación social y económica que atravesaba el país, devastado por la guerra y el hambre, mientras que Anguiano quedó impresionado por la república soviética, por sus ejemplos de organización y creatividad revolucionaria, por la energía del Ejército Rojo y el partido bolchevique, por las iniciativas para lidiar con la crisis de la posguerra y, cómo no, por el programa y el dinamismo de la Internacional. Así las cosas, a su regreso a España ambas facciones se enzarzaron en una nueva disputa. La manzana de la discordia eran las 21 condiciones aprobadas por la Internacional en su congreso del verano, y que imponían unos criterios de afiliación severos. Para la primavera de 1921, el entusiasmo por la Revolución rusa en los medios socialistas españoles se había ido desinflando, la situación interna en la república soviética era catastrófica, la propaganda anticomunista iba haciendo mella y los desmanes del PCE contribuían al descrédito de la Internacional. En abril, la dirección del PSOE rescinde su afiliación a la Internacional, aludiendo a la rigidez de las 21 condiciones, pasándose a la Internacional ‘dos y medio’ de Viena, que agrupaba a partidos de tipo centrista.

García Cortés, Anguiano, Virginia González, Torralba Beci, y otros líderes del ala izquierda, deciden entonces escindirse, formando el Partido Comunista Obrero Español (PCOE) en abril de 1921. Esta organización cuenta con una mayor base que el ‘partido de los cien niños’: son unos 9.000 militantes con una presencia notable en

³⁶ FPI, AAVV-CV-16, Ramírez, ‘Conversation, II’ (Madrid: 19/03/1920) 82.

³⁷ Pérez Baró, *Els “feliços” anys vint*, 50.

la UGT. Sin embargo, sus dirigentes acarrearán gran parte de la rutina del viejo PSOE, centrándose en la actividad electoral y en consolidar sus posiciones sindicales (protagonizando un duro y a veces violento enfrentamiento con la dirección de la UGT). Mantienen una actitud de pasividad ante los graves acontecimientos que sacuden España ese año, como la llamada catástrofe de Annual, en la que miles de soldados españoles son masacrados por los rebeldes rifeños, la dura huelga de mineros de Riotinto en Huelva, la insurrección militar en Zaragoza o la imposición de facto de una dictadura militar en Barcelona bajo el gobernador Martínez Anido, donde la policía y sus secuaces se cobrarán la vida de cientos de activistas. El PCOE es el contrario del PCE, si éste peca de extremismo, aquél es una organización flemática y gris. Estarán condenados a no entenderse. Ninguna de las dos hornadas de comunistas sabrá encontrar el equilibrio necesario. Pero a pesar de los errores subjetivos, la pobreza del movimiento comunista español originario es sin duda un reflejo inevitable de la pobreza de la nave nodriza, el PSOE. La Internacional Comunista de Lenin y Trotsky suponía una fantástica escuela revolucionaria para educar a movimientos comunistas inseguros y desequilibrados como el de España. Pero su rápida degeneración bajo la influencia del estalinismo destruirá la tabla de salvación de los comunistas españoles.

La insistencia de la Internacional empujará a las dos facciones a emprender un tortuoso proceso de unificación. En noviembre de 1921, bajo los auspicios del delegado de la Internacional, el italiano Antonio Graziadei, los dos bloques se funden en el Partido Comunista de España (PCE), en el que las riendas las tiene la vieja guardia del PCOE. Las tensiones entre las dos almas de la nueva organización se seguirán sintiendo durante años, y dificultarán mucho el desarrollo del partido. Para aquel momento, las dos facciones han perdido el grueso de sus efectivos, y el nuevo PCE cuenta tan sólo con unos 1.200 afiliados.

La revolución rusa y la CNT

Si la revolución rusa sacudió fuertemente a los medios socialistas, su impacto en la CNT fue aún mayor. Los anarcosindicalistas se convirtieron en firmes y honestos defensores de la revolución de octubre, y hasta el año 1921, enarbolaron la bandera del bolchevismo en España. Como dijo el dirigente anarquista Manuel Buenacasa, ‘para muchos de nosotros –para la mayoría– el bolchevique ruso era un semidiós’; ‘¿quién en España, siendo anarquista’, se preguntó, ‘desdeñó de motejarse a sí mismo bolchevique?’³⁸ El crecimiento extraordinario de la CNT en estos años está relacionado con su capacidad de vincularse con la Revolución rusa. A ojos de muchos, la CNT pasó a ser el equivalente español de los bolcheviques, mientras el PSOE era visto como el homólogo de los mencheviques. Muchos de los militantes socialistas más combativos se pasaron a las filas anarcosindicalistas. Como dijo Jesús Ibáñez, socialista asturiano que se afiliaría a la CNT en estos años:

La onda cálida de la Revolución Rusa llegaba a España. Frente a la UGT y el PSE [...], la Confederación Nacional del Trabajo, movimiento sindicalista, tuvo un gran acierto de levantar la bandera, francamente simpatizante, en defensa del

³⁸ Manuel Buenacasa, *El movimiento obrero español, 1886-1926: historia y crítica* (Madrid, 1977), p.70.

hecho soviético... Y la CNT fue una verdadera aplanadora del espíritu reformista.³⁹

El congreso de Sants de la sección catalana de la confederación, de junio-julio de 1918, proclamó su apoyo a ‘la potente y arrolladora revolución social’ de Rusia y su intención de imitarla en España.⁴⁰ También se pronunció en el mismo sentido el congreso de la anarcosindicalista Federación Nacional de Agricultores, de diciembre de 1918, donde decidirían afiliarse a la CNT. El congreso exclamó: ‘mejor modo de ayudarles [a los compañeros rusos] es hacer la revolución en España, derribando a los tiranos nacionales y extranjeros, y en caso de intromisión armada contra los rusos, declararnos en revuelta violenta’.⁴¹ La prensa cenetista aclamaba la revolución en altisonantes proclamas. Los cuadros cenetistas rusificaban sus nombres, el destacado agitador Salvador Cordón pasó a llamarse Kordoniev, un cuadro del sindicato de carpinteros pasó a llamarse “el Trotsky del sindicato de la madera”, los comités de defensa cenetistas tomaban el nombre de guardias rojas.

El punto álgido de entusiasmo cenetista por la revolución llegó en diciembre de 1919, durante su segundo congreso nacional, celebrado en el teatro de la Comedia de Madrid. Allí, la CNT proclamó su solidaridad con la revolución, su intención de frenar a través de la acción directa cualquier intento del gobierno español de apoyar a los blancos, y su afiliación a la Tercera Internacional. El dictamen 48 del congreso llegó a respaldar ‘una dictadura proletaria transitoria a fin de asegurar la conquista de la revolución’.⁴² Este dictamen dio pie a una acalorada discusión, en la que los sindicalistas veteranos Salvador Seguí y Eleuterio Quintanilla chocaron con militantes más radicalizados como Manuel Buenacasa, Eusebio Carbó o Hilario Arlandis, tras la cual se aprobó una resolución conciliadora que abogaba por una afiliación provisional a la Internacional, y donde se reafirmaba que el objetivo de la CNT era el ‘comunismo libertario’ inspirado en las ideas del ala bakuninista de la Primera Internacional.

La euforia cenetista por el régimen soviético ha dado lugar a debates enconados en la historiografía. Sobre todo en ámbitos filo-anarquistas (pero no exclusivamente) se ha tendido a explicar el apoyo de los libertarios a la Revolución rusa como un malentendido, fruto de la falta de informaciones fidedignas de Rusia. La desinformación supuestamente les permitió formarse una idea distorsionada de la revolución, dándole tintes anarquistas a un proceso dirigido por un partido marxista, e ignorar el carácter “autoritario” de éste. No cabe duda de que la desinformación ayudó a los cenetistas a idealizar la revolución rusa; sin embargo, lo cierto es que los anarquistas españoles entendieron desde los primeros meses de la revolución que ésta era encabezada por marxistas, y que, en vez de destruir el Estado y la autoridad, los bolcheviques habían creado un nuevo gobierno revolucionario y se habían organizado para librar una lucha sin cuartel contra la reacción y el imperialismo. Y los anarquistas llegaron a aceptar y a respaldar enérgicamente a este gobierno. Esta es la cuestión fundamental. *Tierra y Libertad*, una de las publicaciones más leídas y

³⁹ Jesús Ibáñez, *Memorias de mi cadáver* (México, 1946), p.283.

⁴⁰ *Comicios históricos de la CNT, Junio 1918 (Congreso de Sants)* (Barcelona, 1918) p.85.

⁴¹ ‘VI Congreso Nacional de Agricultres y similares de España - Celebrado en Valencia en los días 25, 26 y 27 de diciembre de 1918’, *La Voz del Campesino* (20/12/1918).

⁴² *Memoria del congreso de la Confederación Nacional del Trabajo, celebrado en el Teatro de la Comedia de Madrid, los días 10 al 18 de Diciembre de 1919* (Barcelona, 1932), p.241.

reconocidas del movimiento, llegaba a afirmar, pisoteando sus supuestos principios libertarios:

La Anarquía sólo podrá afirmarse después de una formidable revolución mundial, y esta no se hará en veinticuatro horas [...] sino que requerirá un largo período revolucionario de años durante los cuales los anarquistas deberán constituirse en Autoridad y ejercer de jefes para asegurar el triunfo de la revolución, que será la GUERRA entre el mundo viejo y el nuevo, y es indudable que toda guerra necesita de jefes y de autoridad.⁴³

El órgano oficial de la CNT, *Solidaridad Obrera*, defendía de igual manera las medidas autoritarias del régimen soviético y la censura de la prensa hostil al gobierno, afirmando que si en España se ‘iniciara un movimiento que derrocaria el régimen, como hacen ahora en Rusia y como nos enseña la historia, también suspenderíamos toda la prensa enemiga de la libertad y el derecho’.⁴⁴ El propio Manuel Buenacasa, a la sazón secretario nacional de la CNT y reconocido teórico anarquista, afirmó: ‘Necesaria la lcuha de clases, considero necesaria también la dictadura proletaria cuando el pueblo gobierna y hay quien estorba’. Si este era el lenguaje de las publicaciones más importantes del movimiento, los pequeños periódicos locales y sectoriales presentaban un discurso aún más deferente hacia la dictadura del proletariado y hacia el gobierno soviético.

Era este un momento de gran lucidez para el anarquismo español. La experiencia estaba enseñando a los anarquistas que el camino hacia el comunismo era más complicado de lo que habían imaginado. En vista de la dura represión tras la huelga de agosto de 1917 en España y de la ofensiva reaccionaria a la que se tuvo que enfrentar la república soviética en Rusia desde el primer momento, muchos libertarios llegaron a la conclusión de que era necesaria una dictadura del proletariado, basada en consejos de obreros y campesinos y controlada desde abajo por las masas, para defender y consolidar las conquistas de la revolución. Era un acercamiento extraordinario a las tesis del marxismo.

Por encima de las etiquetas ideológicas formales, lo más importante era que tanto los bolcheviques y como los cenetistas eran revolucionarios. El estado de ánimo de la época quedó plasmado en *El Comunista*, el órgano de las federaciones anarquistas de Asturias, que afirmó:

Maximalistas, bolcheviques, comunistas libertarios, espartaquistas, ¡qué más da, si lo importante son los principios! Nosotros fuimos los primeros en apoyar a la Revolución rusa, en venerarla desde el primer momento.⁴⁵

Grigori Zinóviev, presidente de la Internacional, también hizo referencia a esta cuestión. A menudo los anarquistas revolucionarios estaban más cerca del bolchevismo que los reformistas supuestamente marxistas:

Las viejas divisiones en el movimiento obrero internacional claramente están obsoletas. La guerra ha creado un nuevo alineamiento. Muchos de los anarquistas y

⁴³ ‘Revolución y anarquía’, *Tierra y Libertad* (26/12/1917).

⁴⁴ ‘Por la Rusia liberadora’, *Solidaridad Obrera* (05/07/1918).

⁴⁵ *El Comunista*. La Felguera, 19/06/1920. Reproducido en: MEAKER, Gerald. *The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923*. Stanford: Stanford University Press, 1974, 222.

sindicalistas que rechazaban el parlamentarismo se comportaron tan despreciable y traicioneramente durante los cinco años de guerra como los viejos dirigentes de la socialdemocracia oficial, que citan a Marx en vano. Las fuerzas se están movilizand o sobre nuevos ejes – en un lado los que están por la revolución proletaria, por la acción de masas que culmine en una insurrección armada – y en el otro lado los que están en contra de esto. Esa es la cuestión básica de nuestro tiempo. Este es el criterio básico. Ese es el elemento distintivo alrededor del cual las nuevas afinidades están cristalizando, y lo seguirán haciendo.⁴⁶

No le faltaba razón a Zinóviev. Dentro de la propia CNT, vemos que los sectores más afines al bolchevismo son los más radicales y revolucionarios, y también los más jóvenes, mientras que los cuadros más veteranos y moderados, como Seguí, Quintanilla o Pestaña, apoyan a la revolución con más reservas. Como explicó el cenetista Pere Foix, ‘los jóvenes, intoxicados de exaltación, fuimos atraídos por el imán de la revolución de 1917’.⁴⁷

Con esto no se tratan de minimizar las importantes diferencias teóricas entre el marxismo y el anarquismo. Pero, en 1917, la líneas divisorias entre los elementos reformistas y social-patriotas y entre los sectores revolucionarios de ambas tendencias eran las más profundas e infranqueables, y la actitud honestamente revolucionaria de los anarcosindicalistas permitía a los comunistas mantener con ellos una discusión más fructífera y constructiva que con los reformistas que se reclamaban marxistas.

Setenta días en Rusia: Ángel Pestaña en el país de los soviets

En concordancia con los acuerdos del congreso de la Comedia, la CNT decide enviar delegados a la Rusia revolucionaria, y a otros países con cuyos movimientos obreros se debía entrar en contacto. Salvador Quemades, Eusebio Carbó y Ángel Pestaña son elegidos para esta labor. Sólo Pestaña es capaz de llegar a Rusia en un largo y peligroso camino por una Europa estremecida por la guerra y la revolución. A medio camino, es informado de que pronto se celebrará el segundo congreso mundial de la Internacional Comunista, por lo cual recibe un mandato de la CNT para que la represente en Moscú. Así, Pestaña, que llega a Rusia a través de Estonia el 25 de junio de 1920, se convertiría en el primer delegado oficial de la CNT en la Internacional.

Pestaña llega a una Rusia devastada y exhausta tras cuatro años de guerra mundial y tres años de guerra civil y revolución. Los ejércitos blancos de Wrángel siguen controlando Crimea, y el conflicto con Polonia, apoyada por Francia, se intensifica. El hambre, el colapso económico y la guerra tensan las relaciones de los bolcheviques con los otros partidos, con sectores de la población urbana y con el campesinado. Pero a pesar de todos los envites, de todas las agresiones, de todas las dificultades, la revolución se mantiene firme y profundiza su labor transformadora. Esta es la Rusia que recorre Pestaña, que visita Petrogrado, donde tienen lugar las ceremonias de apertura del congreso, y de allí viaja en tren con el sindicalista francés Alfred Rosmer y con Grigori Zinóviev a Moscú, donde tendrán lugar los principales actos del congreso, y donde Pestaña participará también en las reuniones preliminares para la

⁴⁶ Grigory Zinoviev, ‘Circular Letter to Comintern-Affiliated Parties on Parliamentarism and the Soviets’, (Septiembre 1919), en: Jane Degras, *The Communist International, 1919-1943*, (London: 1956), p. 67.

⁴⁷ Pere Foix, *Apòstols i mercaders: quaranta anys de lluita social a Catalunya* (Barcelona, 1976), p.29.

formación de la Internacional Sindical Roja (ISR, conocida como Profintern por su acrónimo en ruso). Interrumpirá su labor congresual para hacer un viaje por el Volga con otros delegados.

Pestaña será conocido como uno de los más implacables opositores de izquierdas a los bolcheviques, y corresponsable de la ruptura de la CNT con la Tercera Internacional. Sin embargo, el viaje de Pestaña sigue rodeado de misterio, pues Pestaña no haría públicas sus críticas hasta más de un año y medio después de haber vuelto de Rusia, en marzo de 1922, cuando empieza a publicar un informe crítico hacia los bolcheviques y la revolución. Pestaña achacaba su silencio al hecho de que fue arrestado tras su regreso a España, después haber sido detenido en Italia, pero las cárceles españolas eran notoriamente permeables, y hay evidencias de que su silencio estaba políticamente motivado. E incluso cuando empieza a criticar a los bolcheviques, sus reproches no estarían exentos de ambigüedad, mostrándose favorable hacia algunos personajes y aspectos de la revolución, y defendiendo la participación de la CNT en la Internacional moscovita tan tarde como la primavera de 1922, casi dos años después de su viaje.

No cabe duda de que algunos aspectos de la Rusia revolucionaria, tan asediada y acosada como estaba, desagradarían a Pestaña. Éste además no era un cenetista cualquiera, era un veterano militante anarcosindicalista, aderezado en la doctrina libertaria e imbuido de hostilidad hacia el marxismo. Asimismo, no se debe olvidar que Pestaña pertenecía al sector más moderado de la CNT, que en 1920 estaba fuertemente enfrentado con las corrientes extremistas. El historiador Gerald Meaker ha planteado de manera convincente que la oposición de Pestaña a los bolcheviques estaba relacionada, entre otras cosas, a su lucha contra los radicales de la CNT y a su rechazo de los métodos revolucionarios que habían llevado a los bolcheviques al poder. A pesar de vestir sus críticas bajo una capa libertaria, la nuez de éstas yace en la actitud conservadora y contraria a la revolución de Pestaña.

Ahora bien, hay evidencias claras de que numerosos aspectos de la revolución también sedujeron a Pestaña. Armando Borghi, anarquista italiano, le acusó de tener ‘ideas confusas y estar fuertemente influenciado por Tomsy’, el dirigente sindical bolchevique.⁴⁸ También Andreu Nin y Joaquín Maurín, que visitaron Rusia con un mandato de la CNT en 1921, acusarían a Pestaña de duplicidad y de haber endurecido gradualmente su postura hacia los bolcheviques meses después de su regreso a España. Una evidencia aún más fidedigna es el artículo que Pestaña escribió para el *Pravda* durante su estancia, en el que afirmaba que ‘para resumir, se ha de decir que las únicas fuerzas revolucionarias en España son la Confederación Nacional del Trabajo y el nuevo Partido comunista, que deben marchar codo con codo en su lucha por la emancipación del proletariado español’.⁴⁹ Incluso en 1924, tras la ruptura total entre anarquistas y comunistas, decía sentir ‘profunda simpatía y respeto sin límites’ por Lenin, a pesar de ‘no compartir sus ideas’.⁵⁰ Así resumió su visión ambigua de la revolución en 1924, ‘tras nosotros quedaban, a despecho de la “dictadura del proletariado”, de la Tcheka y de las persecuciones y arbitrariedades bolcheviques, los

⁴⁸ Armando Borghi, *Mezzo secolo di anarchia* (Nápoles, 1954), p.237.

⁴⁹ Ángel Pestaña, ‘Professionalnoe i politicheskoe dvizhenie v Ispanii’, *Pravda* (25/07/1920).

⁵⁰ Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia: lo que yo vi* (Barcelona: 1924), p.198.

gérmenes de un mundo nuevo, los fulgores de una resplandeciente aurora social. El gesto más grande que por su liberación hiciera ningún pueblo'.⁵¹

En definitiva, Pestaña endurecería de manera gradual sus críticas hacia los bolcheviques entre 1921 y 1924. Lo más probable es que volviera de Rusia con ideas contradictorias, atraído y repelido simultáneamente por distintos aspectos de la revolución. Su indefinición posiblemente explique su silencio prolongado. Además, si hubiese publicado un informe hostil nada más llegar de Rusia, en el otoño de 1920, hubiese sido recibido fríamente por las bases cenetistas, que seguían apoyando mayoritariamente a la república soviética. Este cálculo político seguramente pesó también en su silencio. Lo que condicionó la creciente hostilidad de Pestaña hacia los comunistas rusos era, por un lado, el giro anti-bolchevique del anarcosindicalismo español en 1921-22, y especialmente a partir de 1924, el anquilosamiento de la revolución y deriva burocrática y totalitaria del gobierno soviético bajo los auspicios de Stalin, que Pestaña filtraría a través de su óptica libertaria y de su experiencia personal.

Los informes de Pestaña serían importantes a la hora de definir la postura de la militancia anarcosindicalista. Pero su tardía aparición, así como la pervivencia del entusiasmo cenetista hacia la revolución, supuso que la CNT siguiera participando en la Tercera Internacional en 1921, enviando una nueva delegación en el verano de ese año para participar en la fundación de la Internacional Sindical Roja (ISR).

De España a Moscú sin pasaporte: la delegación cenetista de 1921

En septiembre de 1920 el nuevo gobernador de Barcelona, el africanista conservador Martínez Anido, desencadenó una oleada represiva inédita contra el movimiento obrero, que tenía en su punto de mira sobre todo a la CNT. Decenas de militantes fueron asesinados por las bandas del “sindicato libre” o por la infame “ley de fugas”, mientras que miles fueron encarcelados. Conforme caían los veteranos, cuadros más jóvenes de la confederación fueron tomando el mando. Era el caso de Andreu Nin, antiguo militante socialista afiliado a la CNT en 1919, que pasó a ser secretario nacional de ésta en otoño de 1920, o de Joaquín Maurín, otro neófito dado de alta en 1919 que rápidamente ascendió al puesto de secretario de la sección catalana. Estos activistas pertenecían a una generación menos imbuida en la doctrina anarquista, pero fuertemente radicalizada y partidaria de la revolución rusa. En abril de 1921, la CNT convocó un pleno nacional en Barcelona para elegir una delegación para viajar a Rusia, al congreso fundacional de la ISR. Andreu Nin y Joaquín Maurín fueron escogidos, así como el valenciano Hilario Arlandis y el asturiano Jesús Ibáñez. Todos se pasarían pronto a las filas del comunismo. El anarquista recalcitrante Gaston Leval fue elegido también para que la opinión de los anarquistas “puros” estuviera representada. El mandato que recibió la delegación era claramente favorable a la ISR, y, entre otras cosas, incluía la defensa de la ‘dictadura del proletariado’.⁵²

Algunos historiadores, sobre todo de tradición anarquista, han afirmado que este pleno fue ilegítimo, fruto de un complot comunista. Lo cierto sin embargo es que, dentro de las condiciones excepcionales de la clandestinidad en las que operaba la

⁵¹ Ibid., p.208.

⁵² ‘Informe de la delegación de la CNT (primera parte)’, *Lucha Social* (27/05/1922).

CNT, fue un acontecimiento representativo y regular. Fue asistido por diez delegados de seis regiones distintas, que dieron el visto bueno a la delegación. Este pleno muestra que en la primavera de 1921 amplios sectores de la CNT seguían apoyando a la revolución rusa y a la Tercera Internacional.

Los cinco delegados llegaron, tras muchos sobresaltos, a Rusia a través de Estonia a mediados de julio de 1921. Las grandes batallas de la guerra civil habían quedado atrás, pero la situación del país no era mucho más halagüeña de lo que era cuando lo visitó Pestaña. Como consecuencia de las tensiones con el campesinado, agotado tras años de requisiciones y de guerra, el gobierno soviético había reintroducido elementos de capitalismo en la agricultura con la Nueva Política Económica, lo cual daría pie a nuevas desigualdades y problemas económicos. Para colmo, una hambruna asoló la región del Volga, dejando millones de muertos. Por otra parte, en marzo de 1921, los bolcheviques se enfrentaron al alzamiento de la fortaleza de Kronstadt, en una rebelión estrechamente ligada a la cuestión campesina, en la que habían participado social-revolucionarios, mencheviques y anarquistas. La revolución pendía de un hilo. Esto tensó aún más las relaciones del gobierno con estos sectores de la izquierda, que se habían venido enfrentado al gobierno desde 1917. Hubo nuevas oleadas de arrestos de anarquistas, y algunos fueron fusilados.

Los delegados viajaron de Petrogrado a Moscú. Allí asistirían al congreso fundacional de la ISR y, como invitados, a algunas de las sesiones del tercer congreso de la Internacional Comunista. Se entrevistarían con Lenin, Trotsky y otros destacados bolcheviques. Se ha dicho que los delegados traicionaron los principios de la CNT en Moscú, plegándose ante los comunistas. Esto, sin embargo, no es cierto. Defendieron vehementemente la autonomía de la ISR frente a la Internacional Comunista, el principal punto de fricción entre comunistas y libertarios, y participaron activamente en la minoría anarcosindicalista del congreso. Además de sus funciones congresuales, también presionaron a las autoridades, junto con otros delegados extranjeros, para la liberación de diversos presos anarquistas, y sus esfuerzos no fueron en balde, pues varias decenas de destacados anarquistas fueron liberados tras alcanzar un pacto con Trotsky. Sin embargo, los cuatro delegados cenetistas de 1921 mostraron una actitud mucho más entusiasta y constructiva que Pestaña. Claramente, quedaron impresionados por la revolución y por la Internacional, y salieron del congreso como firmes defensores de la ISR.

Ahora bien, a su vuelta a España, los delegados se toparon con un ambiente cada vez más hostil. Los sectores anarquistas más intransigentes empezaron a dar la espalda a la revolución rusa a principios de 1921, y sus posturas se fueron haciendo eco en la confederación. Para otoño de 1921, una mayoría de los cenetistas se mostraban escépticos hacia la revolución. En junio de 1922, en la conferencia de Zaragoza, la CNT comienza oficialmente el proceso de desafiliación.

Numerosos historiadores han achacado este giro en la CNT a una cuestión empírica, arguyendo que la mayor información sobre la situación real en Rusia convenció a los anarcosindicalistas españoles de que sus principios eran incompatibles con los de los bolcheviques. Hay algo de verdad en este argumento, pero se debe subrayar que las noticias alarmantes de Rusia llegaban a España en un contexto muy distinto al que existía en 1918 ó 1919. El alza en la lucha de clases de 1917-20 había dado lugar al reflujó y a la derrota, que se enmarca en el proceso contrarrevolucionario europeo.

Anido fue capaz de quebrar el espinazo de la CNT, cuya militancia estaba agotada y desmoralizada tras años de lucha. La confederación perdió a cientos de miles de afiliados; se calcula que pasó de tener algo menos de 800.000 militantes en 1919 a unos 300.000 dos años más tarde. La situación empeoraría aún más en 1923 con el golpe de Estado de Primo de Rivera. En este contexto, el entusiasmo dio paso al cinismo, la amargura y el sectarismo. Es en estas circunstancias cuando la CNT rompe con los bolcheviques y reafirma su identidad anarquista.

La tarea de los delegados de 1921, pues, no era nada fácil. Además, Andreu Nin, uno de los personajes más carismáticos de la delegación, decidió quedarse en Rusia tras un periplo en Alemania. Arlandis también pasaría varios meses en Francia. La tarea recaía por tanto sobre Ibáñez y, sobre todo, sobre Maurín, que libraría una batalla encarnizada contra los anarquistas de la CNT. Maurín, nacido en 1896, era un joven de gran capacidad y talento, un organizador nato, que contaba con la energía, el entusiasmo, la flexibilidad, la ambición y la creatividad necesarias para emprender una labor política difícil y en minoría. A través del semanario *Lucha Social*, y más tarde *La Batalla*, nuclearía a un grupo de cenetistas pro-bolcheviques y se enfrentaría repetidas veces con los anarquistas, criticando su sectarismo estéril y su maximalismo abstracto. En un contexto de sectarismo y división, tendría el mérito de enarbolar la consigna valiente del frente único de la CNT y la UGT. Su propaganda tendría una cierta resonancia entre algunos sectores del movimiento, aunque nunca romperían con su aislamiento. Para otoño de 1924, derrotados en la CNT, Maurín y sus seguidores deciden afiliarse al PCE, con el que habían mantenido una relación accidentada. Cuentan con alrededor de un centenar de partidarios nada más.

El grupo de Maurín tuvo grandes méritos, aunque también algunos defectos. La audacia de Maurín rayaba con la impaciencia y le llevaba a buscar atajos. Ideológicamente, su grupo era heterogéneo y ecléctico, y sus publicaciones trataban de sintetizar el comunismo y el anarcosindicalismo. Estas piruetas ideológicas no se debían a las confusiones de Maurín, que volvió de Rusia convencido de la necesidad de organizar un partido comunista, sino de una argucia para seducir a la militancia anarcosindicalista.⁵³ La estrategia del grupo se centraba, por encima de todo, en ganarse a cenetistas influyentes y conquistar así los sindicatos, más que en hacer la labor de hormiga de reclutar y formar cuadros, de los que el grupo carecía más allá de la media docena de colaboradores más estrechos de Maurín. El comunista Pérez Solís realizó una crítica concienzuda del grupo en 1926. Aunque hay que tomarla con cautela, debido a su conflicto con Maurín en aquel momento, representa un cuadro revelador del grupo *La Batalla*:

Pero de esto fue muy poco lo que se hizo, pese a los pomposos anuncios de éxitos poco menos que increíbles. Una mezcla de infantilismo y de manía de grandezas dio lugar a que pasos forzosamente lentos e inseguros se pregonaran como saltos de gigantes. “Han caído o están al caer - se decía - tal o cual Sindicato; en este y en aquel nuestra influencia es considerable y crece sin cesar”. De la noche a la mañana, los Sindicatos –sombras nada más– pasaban a poder de un grupito anarquista cualquiera, y nuestra conquista quedaba reducida a los dos o tres individuos del Comité sindical que habían sido catequizados. La masa, por pequeña

⁵³ Pérez Baró, *Els “feliços” anys vint*, p.165

que fuese, no aparecía por ninguna parte... Por su ideología, este grupo era un completo caos.⁵⁴

Maurín desdeñaba (y en la mayoría de cosas no le faltaba razón) a la dirección del PCE, pero su solución se limitaba a que la dirección del partido pasara a Barcelona, a las manos de su grupo. Su argumento principal era la primacía de Barcelona en el movimiento obrero español, una observación interesante, pero que de poco valía ante el grupo minúsculo e ideológicamente confuso de *La Batalla*, que en 1921-24 no estaba capacitado para dirigir al partido. Esta fijación con la centralidad de Barcelona acabaría convirtiéndose en una verdadera obsesión, y le haría blanco de acusaciones de catalanismo.

El aborto del comunismo español

Para finales de 1921, el comunismo español contaba con tres almas. Por una parte, los jóvenes del Partido comunista español; por otra, la escisión más nutrida del PCOE; y finalmente, los cenetistas partidarios de la ISR agrupados en torno a Maurín. Numéricamente, los tres grupos eran pequeños, y los tres tenían debilidades palpables. El Partido comunista español era ultraizquierdista y sectario; el PCOE, rutinario y burocrático; y el grupo de *La Batalla*, heterogéneo, inestable e impaciente. y, lo que es peor, existía una desunión total entre estas tres corrientes. A pesar de la unificación del Partido comunista español y el PCOE en noviembre de 1921, gracias a las presiones de la Internacional, ambas hornadas de militantes comunistas se detestaban mutuamente. Maurín por su parte, a pesar de alguna iniciativa conjunta, como la creación de los Comités Sindicalistas Revolucionarios, se mantendría más o menos al margen del PCE hasta finales de 1924. Así pues, el PCE nacía como una criatura débil y dividida, mantenida a flote por los subsidios de la Tercera Internacional. Quizás la única chispa de vida que salva al PCE en estos años es su intervención en Vizcaya y Asturias, donde dirigen huelgas mineras y metalúrgicas importantes, en parte gracias a la unidad que forjan entre la UGT y la CNT y la táctica del frente único.

Si en abril de 1921 el partido tenía unos 9.000 efectivos, en junio de 1923 contaba sólo con 1.190, una cifra que se reduciría aún más durante la dictadura de Primo de Rivera. Además de la debilidad numérica y financiera del PCE hay también una debilidad *política y teórica*, una incapacidad de desarrollar tradiciones propias, un análisis y unas perspectivas sólidas, una capa de cuadros pensantes capaces de intervenir en el movimiento y un perfil vivo y atractivo. Maurín, uno de los pensadores más originales y perspicaces del partido, se dedica a consolidar sus propio feudo en Cataluña y Valencia, formando la Federación Comunista Catalano-Balear, que goza de gran autonomía en el partido. Así las cosas, los dirigentes del PCE se dedican a regurgitar rutinariamente las resoluciones de la Internacional sin capacidad alguna de pensar y actuar por su cuenta. Para más inri, bajo el control de Stalin, Zinóviev y Bujarin, la Internacional realiza toda clase de piruetas y giros alocados que marean a sus secciones y apagan cualquier chispa de inteligencia. Las mentes más clarividentes del movimiento comunista se van desgajando de la Tercera

⁵⁴ He publicado este y otros documentos relevantes de los archivos soviéticos sobre el grupo *La Batalla* en: Arturo Z. Rodríguez, 'Andreu Nin, Joaquín Maurín y los Comunistas-Sindicalistas de la CNT, 1921-1924', en: Pelai Pagès & Pepe Gutiérrez, *La Revolución rusa pasó por aquí* (Barcelona: Laertes, 2017).

Internacional. En España, Maurín formará el Bloque Obrero y Campesino, mientras que Nin, partidario de la Oposición de Izquierdas, habrá de abandonar Rusia, formando la Izquierda Comunista española. Otros volverán al PSOE o a la CNT. Falto de cuadros y de tradiciones propias, cuando el PCE empieza a recomponer sus maltrechas fuerzas durante la Segunda República es un títere estalinista del Kremlin, y lo seguirá siendo durante la Revolución y la Guerra Civil.

Así pues, el surgimiento del comunismo en España resultó un aborto. ¿Por qué? Hay una serie de errores subjetivos, especialmente la escisión desastrosa de abril de 1920 que da lugar al primer PCE. La brusquedad y falta de preparación política de la escisión y el sectarismo exacerbado del nuevo partido hacia el PSOE y la CNT complican la labor de los terceristas en ambas organizaciones. Asimismo, el PCOE arrastra gran parte de los vicios del socialismo, dando muestras de una pasividad rutinaria que ralentiza su desarrollo, sobre todo en medios cenetistas. Por otro lado, el grupo de Maurín, posiblemente la corriente tercerista más dinámica e interesante, está lastrada por sus limitaciones teóricas, actúa con impaciencia y con una ambición desmedida.

Ahora bien, no podemos ser demasiado injustos con estos pioneros del comunismo. No se le pueden pedir peras al olmo. Las limitaciones subjetivas del PCE y el PCOE por un lado y de *La Batalla* por el otro reflejan respectivamente las limitaciones políticas del PSOE y de la CNT, y el subdesarrollo general del movimiento obrero español. La versión reformista, gris y dogmática del marxismo que inculcaba el PSOE en su militancia dejó desarmados ideológicamente a los fundadores de los dos primeros partidos comunistas. El anarquismo de la CNT, aunque de temple revolucionario, era primitivo e incoherente desde un punto de vista teórico, con lo cual la hornada de comunistas surgidos su seno tuvo que atravesar un proceso de formación y preparación política largo y difícil.

A estos factores de fondo, hay que añadir un hecho coyuntural de suma importancia que ayuda a entender la debilidad originaria del comunismo español. En otros países europeos la guerra sirvió de papel de tornasol para el movimiento obrero. Numerosas organizaciones socialdemócratas y sindicalistas apoyaron a sus gobiernos en la carnicería. Conforme se prolongaba el conflicto y se extendía el hartazgo popular, las direcciones de la izquierda se vieron comprometidas, cayendo en el mayor descrédito. La oposición a la guerra se tradujo en potentes corrientes revolucionarias en partidos y sindicatos que se convertirían en la semilla del comunismo. Tras la revolución rusa y la creación de la Tercera Internacional estas corrientes a menudo se transformarían en partidos comunistas de masas. La neutralidad de España durante la contienda dejó en una situación cómoda a las direcciones de la CNT y, sobre todo, del PSOE. No fueron puestas a prueba decisivamente, pudiendo mantener su autoridad. Aunque la revolución rusa produjo una honda impresión entre el proletariado español, éste se mantuvo fiel a sus organizaciones tradicionales. Presionaron a sus direcciones para fundirse con la Tercera Internacional, pero no se plantearon romper con éstas. El proceso de ruptura implicó a una pequeña vanguardia, no a la masa. Con el abrupto reflujó en la lucha de clases a partir de 1921 y la consiguiente desánimo y desazón entre las bases, las viejas direcciones pudieron reafirmarse y alejarse definitivamente de su peligroso minué con la Tercera Internacional.

Habría que esperar hasta los años 30 para presenciar una verdadera sacudida del obrerismo español. Pero para entonces la Rusia soviética y la Internacional Comunista habían dejado de ser un acicate y una escuela revolucionaria a ser el peor y más pernicioso de los frenos, con consecuencias catastróficas para el proletariado español.

Todos los derechos reservados: ©Arturo Rodríguez y www.luchadeclasses.org